

Fué así cómo, aún no extinguido el incendio de Bobastro, vieron indiferentes ó abatidos los moradores de la región murciana cruzar por ella el año 312 (9 de Abril de 924 á 28 de Marzo de 925) las huestes de *An-Nássir* que después por Valencia pasaban á algazúar á Pamplona (1), y cómo en el siguiente su propio guazir Said-ben-Al-Mondzir, con el contingente de la *Cora*, marchaba de vanguardia contra los muladíes de Elbira y de Jaén, luchando con los hijos de Saïd-ben-Hudzail en Montelón, destruyendo aquel famoso castillo y con él gran número de fortalezas (alcazabas), y contribuyendo al aniquilamiento de los que defendían su causa (2). Tres años después y ya conquistado Bobastro, sublevábanse no obstante el de 316 (25 de Febrero de 928 á 13 del propio mes de 929) en Alicante y en Callosa, poblaciones pertenecientes á la *Cora*, los Beni Ax-Xaij, quienes contando con no escaso número de castillos en la comarca hoy de la provincia de Alicante, eran sometidos al poco tiempo por Ahmed-ben-Isahak alcaide ó prefecto coreixita, allí enviado por Abd-er-Rahmán, cuyas tropas se apoderaban de ambas ciudades y obligaban á sus defensores á abandonar los propugnáculos donde se habían hecho fuertes (3), sin que después volviera á alterarse la paz, convencidos los mozárabes de la inutilidad de sus esfuerzos y de la imposibilidad de sus aspiraciones, y apartándose en las zonas del mediodía y levante del ejemplo que en el año de 346 (4 de Abril de 957 á 24 de Mar-

que con el rey de León marcharon todos los pobladores cristianos de la Cora, según veremos adelante. Al llegar á este punto, no podemos menos de recordar la fábrica mozárabe de *San Miguel de Escalada*, nó lejos de León, asaltándonos la sospecha de si pudo ser labrada entonces por los mozárabes de Todmir.

(1) ABEN-ADHARÍ, t. II, pág. 196.

(2) ID., id., págs., 201 y 202.

(3) وفيها [سنة ٣١٦] افتتح احميد بن اسحق القائد القرشي مدينة لقنت من تدمير ومدينة قايوشة واستنزل عنها وعن القصاب التي كانت حواليتها بني الشيخ (ABEN-ADHARÍ, *Bayan-ul-Mogrib*, tomo II, páginas 210 y 211).

zo de 958) les ofrecía en Cuenca y los términos aledaños de la actual provincia de Albacete que constituían la Sahla, Meruán-ben-Hudzail-ben Razin Ats-Tsair, rebelándose estérilmente contra el Califa (1).

Próspero era en verdad el estado de la España musulme cuando Abd-er-Rahmán III, cargado de años y laureles, bajaba al sepulcro (350 H.—Octubre á Noviembre de 961), y saneada por todo extremo la herencia que á un lado y otro del Estrecho recibía su hijo Al-Hakém II cognominado *Al-Mostanssir-bil Láh*, situación en la cual pasaba á las manos de aquel príncipe desventurado que en 366 (Setiembre de 976) le sucedía. Período era éste durante el cual Murcia y Lorca lograban singular engrandecimiento, de que ya apenas restan memorias, honrando el recinto de ambas ciudades insignes fábricas y gozando la comarca de los beneficios inestimables de la paz, tanto tiempo alterada en la *Cora* por los muladíes y los mozárabes, confundidos ahora aquellos con la muchedumbre islamita y soportando éstos siempre el oprobioso cautiverio, á cuya sombra sin embargo medraban sometidos los primeros. De las esferas más humildes, habíase desde los días de Al-Hakém II levantado á la más alta de las dignidades del Califato aquel terrible aventurero y caudillo Mohámmad-Ebn-Abi-Amér, apellidado Al-Manzor, quien deshaciéndose sin escrúpulo de cuantos pudieran estorbar sus ambiciosos designios, mantenía al infeliz Hixém II en extenuante reclusión, y se arrogaba al fin la autoridad suprema, exaltando sobre modo el poderío del Islám en Al-Andálus. Comprendiendo como Abd-er-Rahmán *Ad-Dájil* y Abd-er-Rahmán III la defectuosa organización de los ejércitos musulmes, y deseando á más para realizar sus proyectos disponer de fuerzas suficientes, devotas á su persona, no sólo aceptaba los servicios de aquellos malos patriotas que seducidos por la codicia de los ofrecimientos de Abi-Amér iban desde León, Castilla y Navarra

(1) ABEN-ADHARÍ, t. II, pág. 237.

á engrosar las filas de sus partidarios (1), sino que, favorecidos sus intentos en la Mauritania por el virrey de África Abú-Fotuh Bologguin al invadir y conquistar en 979 aquel territorio abandonado por los mahometanos españoles, los bereberes que lo poblaban entraban también al servicio de Al-Manzor, constituyendo el núcleo de sus tropas (2).

Agasajados, enriquecidos y mirados con singular predilección por el célebre adalid, heredados eran en las comarcas de Al-Andálus; y con ellos conseguía aquella larga serie de triunfos que, siendo terror y espanto de los cristianos, han hecho inmortal como guerrero el nombre del poderoso háchib de Hixém II. Humillados leoneses y castellanos, reducidos los navarros á la impotencia, y deseando Al-Manzor volver sus armas triunfadoras contra Cataluña, hasta allí respetada por los Califas anteriores (3), reunía para aquella su vigésima tercera campaña poderoso ejército, á cuyo frente salía de Córdoba el día 5 de Mayo de 985 (12 de Dzu-l-Hicháh de 374), llevando en pos de sí hasta cuarenta de sus poetas asalariados que debían cantar sus victorias. Pasando por Elbira, Baza y Lorca, llegaba á Murcia, donde era hospedado por el muladí Ebn-Jattab (4), y donde permanecía por espacio de trece días consecutivos con su hueste

(1) Dozy, *Hist. des musulm. d'Esp.*, t. III, pág. 186.

(2) *Id.*, *id.*, *id.*, pág. 183 y sigts.; ABEN-ADHARÍ, t. I, págs. 239 y 240.

(3) «Comme ce pays était un fief qui relevait du roi de France, les califes l'avaient ménagé jusque-là, de peur que, s'ils l'attaquaient, ils n'eussent aussi les Français à combattre. Mais Almanzor ne partageait pas cette crainte; il savait que le France était en proie á l'anarchie féodale et que les comtes catalans n'avaient aucun secours à attendre de ce côté-là» (Dozy, *Hist. des musulm.*, t. III, pág. 197).

(4) «C'était—escribe Dozy—un simple particulier qui n'avait aucune charge publique, mais ses propriétés étaient extrêmement considérables, et les revenus qu'il en tirait étaient énormes. Client des Omayyades, il était probablement d'origine visigothe, et peut-être descendait-il de Théodemir, qui, du temps de la conquête, avait conclu avec les musulmans une capitulation si avengeuse, que lui et son fils (?) Athanagild régnaient en princes presque indépendants sur la province de Murcie». En la nota añade: «Du temps d'Ibn-al-Abbâr, c'est-à-dire au XIII^e siècle, les Beni-Khattâb se prétendaient Arabes; mais leurs ancêtres du X^e siècle ne songeaient même pas à se donner une telle origine» (*Hist. des musulm.*, t. III, págs. 197 y 198).

entera, recibiendo allí de él toda suerte de agasajos; Ebn-Jattab con efecto, no sólo atendía á satisfacer con generosidad y largueza inauditas los deseos y las necesidades de Al-Manzor y de su servidumbre, sino también los de todo el ejército, desde los guazires hasta el último soldado. «Cuidando de que la mesa del ministro estuviera siempre suntuosamente servida, jamás le presentó dos veces un mismo manjar ni la vajilla que hubiese una vez visto, llevando su prodigalidad al extremo de ofrecer á Al-Manzor un baño preparado con agua de rosas.» «Por acostumbrado que estuviese al lujo, Ebn-Abi-Amér quedó estupefacto en presencia del que su huésped desplegaba en obsequio suyo, y no escatimándole sus elogios, y queriendo darle prueba de su gratitud, mientras le dispensaba del pago de una parte de la contribución territorial, encomendaba á los magistrados de la provincia tuvieran con él las mayores atenciones y satisficieran sus deseos en cuanto les fuera dable» (1).

La ostentación y la prodigalidad increíbles de que en ocasión semejante hacía gala el muladí Ebn-Jattab, con el hecho de haber Murcia hospedado en su recinto el ejército que dos meses adelante tomaba por asalto á Barcelona, saqueándola y entregándola al fuego, elocuentes testimonios son por los cuales se acredita no ya sólo que los muladíes, conformándose mal su grado con la suerte, prosperaban bajo el gobierno protector de Al-Hakém II y de Mohámmad Ebn-Abi-Amér, ganándose por sus riquezas la consideración y el respeto de los musulmanes, sino también que en tales días la población erigida por Abd-er-Rahmán II en cabeza de la *Cora*, había logrado desarrollarse y engrandecerse sobre modo, por más que apenas resten monumentos ya en los tiempos actuales, que contribuyan con su desinteresado y eficaz auxilio á formar idea de lo que Murcia fué en los postreros del Califato.

(1) Dozy, Op. cit., t. III, págs. 198 y 199, tomándolo de Ebn-Al-Abbar, páginas 251-253.

Poco después, y acaso, como quiere el docto ilustrador de la Deitania, «en la última década del siglo x,» si no antes y «cuando de África pasaron á España invitados por el grande Almanzor los Zeiritas, del linaje bereber de los Sinhachíes, Zinhagíes ó *Cenhegíes*, y debieron al ministro favorito de Hixém II puestos de confianza, «es verosímil—dice—que sonara por vez primera el nombre de la villa de Cehegín,» como hubieron de sonar los de otras muchas en las diversas Coras de Al-Andáalus, más tarde confundidos ó borrados en el aluvión de gente africana que invade el suelo pátrio con los almoravides y los almohades. «Si en alguno de aquella familia (la *ssinhechí*),—añade,—se proveyó la tenencia del castillo roquero que á media legua escasa al N. de las ruinas de Begastri, aún duraba enhiesto, parece llano que por su alcaide se denominase *El castillo del Çenhegí*, *حصن سنهائجى*; de donde se formaron,—concluye,—las voces modernas de *Cefegín* y *Cehegín*, como hoy se dice» (1). Pero aunque el supuesto sea de todo en todo verosímil y aceptable, como nosotros lo aceptamos, todavía se hace por extremo difícil aventurar afirmación alguna que, con visos de certeza, pueda ser sustentada, en orden á cada uno de los lugares que así en la *Cora de Todmir*, como en la de Valencia conservan los nombres de las tribus africanas que en ellos se establecieron y moraron.

Así, presa de reiteradas é incesantes discordias que ensangrientan su suelo á la continua, que yerman sus fértiles campos y destruyen castillos y ciudades; como si sobre él pesasen las inclemencias del destino y estuviera condenado para siempre á perpetua zozobra, aquel antiguo país mastiano del que fingen hacer región aparte las sierras y los montes que le surcan por uno y otro lado, veía constantemente conturbado su sosiego bajo el Califato de Córdoba, ya por la lucha que sostiene con-

(1) FERNÁNDEZ GUERRA, *La Deitania*, pág. 156 del t. VI del *Bol. de la Sociedad Geogr. de Madrid*. Xams-ud-Din Ad-Dimixquí expresa terminantemente en su *Cosmografía*, pág. 245 de la ed. de Mehren que «en la cora de Todmir fueron establecidos los *ssinhechíes*», aunque sin determinar sitio ni fecha.

tra Abd-er-Rahmán *Ad-Dájil* al destruir este príncipe el reino de Aurariola en 779; ya por la que suscita contra Hixém I y Al-Hakém I el mal avenido Suleymán; ora por la que en los días de Abd-er-Rahmán II promueven enconados yemenitas y maâditas; ora por la presencia de los piratas normandos en Orihuela bajo el gobierno de Mohámmad I, y ora por aquella guerra de exterminio que los muladíes declaran á los mahometanos, y en la cual no era el mayor desastre por cierto el que ocasionaba la correría del señor de Zaragoza y Tudela, hasta el momento en que Abd-er-Rahmán III lograba triunfar por completo de todos aquellos obstáculos que se oponían á la realización de la unidad política de los musulmanes en España.—Veamos, si destruído en pos de Al-Manzor el imperio fundado por Abd-er-Rahmán I, cupo á esta comarca mejor suerte en los días sucesivos que, tan llenos de sombras y de oscuridad se ofrecen todavía por desventura para la historia, á despecho de los esfuerzos con tal intento realizados por los modernos escritores, tarea á que consagramos el siguiente capítulo.



CAPÍTULO VI

Murcia del año 392 al 540 de la Hégira (1002 á 1145 de J. C.)— Muerte de Mohámmad-ebn-Abi-Amér Al-Manzor — Caída de los Amiritas — Agonía del Califato—Reinos independientes—Dinastía Amirita en Almería y Murcia — Jayrán—Zohayr, señor feudatario de Murcia — Murcia incorporada al reino de Valencia—Autoridad nominal de Abdul-Aziz en Murcia — Los Beni-Táhir — Conquista de Murcia por Aben-Ammar, gualí de Al-Môtamid de Sevilla — Fugaz reinado de Aben-Ammar — Murcia independiente bajo el gobierno de Ebn-Raxic — Independencia de Lorca — Los almoravides — García Jiménez y la fortaleza de Aledo — Batalla de Zalaca — Sitio de Aledo — Alfonso VI y el Cid en territorio murciano—Conquista de Murcia por los almoravides — Alfonso I el Batallador — Alfonso VII el Emperador — Situación de los ánimos entre los musulmanes españoles

Si enardecido y entusiasmado por los brillantes triunfos que contra los ejércitos cristianos de León y de Castilla, de Navarra y Cataluña obtiene en sus continuas correrías el poderoso Al-Manzor, cuya gloria eclipsa y oscurece la del egregio *An-Nássir*,—pudo el pueblo musulme olvidar un momento la am-

bición, el despotismo y la osadía del advenedizo háchib del infeliz Hixém II, ni el fanatismo de los faquihes, ni la altivez de la aristocracia, perdonaban en cambio, como al postre acontecía con el pueblo, la suerte y la fortuna del no vencido caudillo, que excedían ya de los límites naturales. No era para Al-Manzor, aun en medio de las alabanzas y adulaciones de los poetas y del fausto y esplendor de que se hallaba siempre rodeado, desconocido el odio que inspiraba entre los musulmanes españoles: había sagaz sabido desembarazarse del Califa; había reducido á la impotencia la díscola actividad de aquella navarra Sobh (Aurora), favorita de *Al-Mostanssir* y madre de Hixém, á quien debía su engrandecimiento; había formado un ejército á él personalmente devoto con los eslavos y los bereberes, á quienes colmaba de riquezas y en quienes depositaba su confianza, siendo terror de los cristianos, y esperaba el momento favorable en que distraídos los ánimos bajo el peso de los laureles por él en tanta y tan hazañosa empresa conquistados, pudiera ostensible y definitivamente alzarse con la soberanía absoluta de Al-An-dálus.

Hechura suya eran los gualíes de las provincias, eslavos los unos, bereberes los otros, y no estaba acaso lejano el instante en que había de recoger el fruto laborioso de sus afanes de toda la vida, cuando le sorprendía la muerte á sobre hora en Medinaceli (392 H., 1002 de J. C.), deteniendo su triunfal carrera y contrariando todos sus proyectos. Si agobiados bajo la pesadumbre de la grandeza de Al-Manzor no habían durante la vida del héroe osado sus enemigos de Córdoba hacer ostensible alarde de su disgusto y de su odio, no sucedía de igual suerte cuando investido de la misma autoridad Abd-ul-Malik su hijo, le sucedía en el mando, minada en sus cimientos la sociedad muslime por el germen de descomposición y de ruina que corroía sus entrañas (1), ni mucho menos, cuando muerto en la flor de su edad

(1) Véase cuanto respecto de este particular expresa con singular acierto el docto Dozy en el t. III, cap. XIII de su *Hist. des musulmans d'Esp.*

Abd-ul Malik (399 H.—Noviembre de 1008), heredaba su hermano Abd-er-Rahmán-ben-Xanchol, ó *Sanchnelo* (1) el hachibato, haciéndose reconocer por Hixém II como heredero del imperio. Bien de manifiesto ponía la triunfante sublevación de Mohámmad *Al-Mahdí*, que la hora de la caída de los Amiritas era llegada, y bien claro lo patentizaba la muerte afrentosa de *Sanchnelo* en Córdoba, con la cual se extinguía para siempre el poder de aquella familia que había adquirido y que disfrutaba ciertamente de la condición de la realeza.

No habremos de seguir paso á paso las peripecias de aquella lucha sin nombre en que de la altura á que había exaltado Al-Manzor el Califato, haciéndole dueño y señor por las armas de la España entera, caía en la más profunda y abyecta de las postraciones, convirtiéndose en juguete y ludibrio de castellanos y catalanes; pero sí habremos de llamar la atención de los perspicuos lectores hacia el papel que desempeñaron durante aquellos tiempos los eslavos y los bereberes, apoderados los primeros del mando en no escaso número de provincias, principalmente del E. de Al-Andálus, y llegando los segundos hasta conseguir colocar en el trono de Hixém á los Hammuditas. Sin que sea dable precisar la fecha, ni investigar las causas que hubieron de determinar el fraccionamiento del antiguo reino de Aurariola, resulta con efecto que, dividido su extenso territorio, donde un tiempo se comprendían comarcas de las coras de Almería y de Elbira por S. y SO., de Jaén por O. y de Valencia por N. y NE., en los postreros tiempos del Califato y quizás desde los de Abd-ul-Láh ó Abd-er-Rahmán III, eran no sólo reintegradas á sus primitivas coras las poblaciones á ellas pertenecientes, sino que Lorca, con todo su distrito, Cartagena, á no dudar con el suyo,

(1) Había sido engendrado en una princesa, hija de un Sancho, no se sabe si Conde de Castilla ó rey de Navarra. Los lectores que lo desearan, pueden servirse consultar en este extremo cuanto indica Dozy en el t. I de sus *Recherches* (pág. 205 y siguientes).

y Murcia, convertida en ciudad poderosa, con Orihuela y la mayor y más granada porción del valle del Segura, quedaban anexionadas al gualiato de Almería, mientras la zona boreal, que hoy constituye la provincia de Albacete, se hallaba distribuída en las de Toledo, la Sahlah (Albarracín) y Valencia.

En tal disposición, aunque no borrado por completo su nombre en tan singular reparto, sorprendían la que fué dilatada *Cora de Todmir* las sangrientas y repulsivas convulsiones con que agonizaba y desaparecía en pos de la caída de los Amiritas el Califato de Córdoba. Ya desde los días del prepotente Al-Manzor, de quien era cliente, gobernaba con cierta independencia como gualí la Cora de Almería (1), la más importante acaso por figurar en ella la plaza marítima de mayor renombre en las regiones orientales de Al-Andálus, que había eclipsado el de la antigua Cartagena,—aquel general eslavo, llamado Jayrán, famoso en las civiles disensiones que agitan y conmueven el tenebroso período durante el cual Mohámmad II *Al-Madhí* y su deudo Suleymán se disputan en vida de Hixém II la herencia del nieto de *An-Nássir* (2), y que había lleno de ambición ayudado al triunfo de Aly-ben-Hammud el Edrisí en Córdoba. Aspirando á desempeñar cerca de éste el mismo papel que Al-Manzor al lado del hijo de *Al-Mostanssir-bil-Láh*, y comprendiendo al cabo que no era el Hammudita hombre que se prestase á tales manejos, aunque desde el año precedente (407 H.—1016 J. C.) ejercía la autoridad real en

(1) Ponderando Al-Maccari (ed. de Leyden, t. I, pág. 102) las bellezas de Almería, hace constar que en esta ciudad existía una alcazaba llamada *Alcazaba de Jayrán*, la cual había sin embargo sido construída por Abd-er-Rahmán III; pero que fué engrandecida en los días de Al-Manzor por su gualí Jayrán, de quien tomó nombre.

(2) Ponzoa, siguiendo al P. Mariana (lib. 8.º, cap. 10), dice que «Zulema (*Suleymán*), rey cordobés, tuvo por general al soberbio Almostada (*Abd-er-Rahmán IV*), que... ayudado de Haytan (*Jayrán*) y de Mundar (*Al-Mondzir*), se apoderó de la ciudad de Murcia, se cree que por inicua traición...» etc. (*Historia de la dominación de los árabes en Murcia*, cap. VIII). Conocidas las fuentes en que hubo de beber el Sr. Ponzoa, todo cuanto escribe es erróneo y carece en absoluto de crédito.

Almería y en Murcia (1), ciudad esta última que daba en feudo á su hermano Abú-l-Cásim Zohair,—concebido el proyecto de restablecer la dinastía de los Omeyyas, á reserva de reinar él en su nombre en toda España, dábase Jayrán con efecto á buscar de todos lados un príncipe de la sangre, descubriendo en Marzo de 1017 (Dzu-l-Caâda de 407) un biznieto de Abd-er Rahmán III, que vivía en Valencia, llamado también Abd-er Rahmán, quien se entregaba cándido y confiado en manos del régulo de Almería, sin sospechar la tenebrosa maquinación de que había de ser víctima al postre.

De buena fe ayudaron al eslavo en tal empresa no pocos andaluces, y con interesadas miras tomaba en ella muy principal participación el Tochibi Al-Mondzir-ben-Yahya, señor de Zaragoza, quien acompañado del Conde de Barcelona su aliado, marchaba amenazador al mediodía. Asesinado Aly en Córdoba (Abril de 1018—Dzu-l-Caâda de 408 H.), y proclamado solemnemente pocos días después Abd-er-Rahmán IV *Al-Mortadhá*, no tardaron mucho Jayrán y Al-Mondzir en desengañarse de que no era tampoco el joven y animoso Califa lo que deseaban, por lo cual decidían desembarazarse de él á cualquier costa. Ofrecióles favorable coyuntura para sus torpes designios la tenacidad y la entereza con que el bereber Zagüí-ben-Zeyrí, señor de Granada, asediado por el ejército de Abd-er-Rahmán, compuesto en su mayoría por las tropas del eslavo, las de Al-Mond-zir y las catalanas, al mando estas últimas de Suleymán ben-Hud, repugnaba fiel á los Hammuditas entregarse al pretendiente; y puestos de acuerdo con Zagüí, llegado el día del combate definitivo, abandonaban traidores en la lucha al ardoroso príncipe, á quien fugitivo y deshecho,

(1) Véase tanto la *Cronología de los reyes musulmanes del siglo XI* que publica Dozy al final del t. IV de su *Hist. des musulm. d'Esp.*, pág. 304, como el *Apéndice número XI del Tratado de numismática árabe-española* del Sr. Codera, página 277.

daban en Guadix los emisarios de Jayrán cobarde muerte. Mientras tanto, triunfantes en Córdoba los bereberes, habían proclamado Califa á Al-Cásim Al-Mamún-ben-Hammud, gobernador de Sevilla, quien seis días después de la muerte de su hermano Aly, hacía su entrada en la capital de Al-Andálus; la traición de Jayrán, de triste resonancia, dejaba arruinado el partido de los eslavos en el concepto de los musulmanes; y retirado en Almería el ambicioso cliente de Al-Manzor contemplaba con impotente coraje el éxito de sus enemigos, sin serle dable impedirlo, devorando en silencio la cólera que le dominaba. Pero no era Al-Cásim príncipe belicoso; amante de la paz y «deseando dar al olvido las antiguas discordias, hacía ir á su presencia á Jayrán y reconciliándose con él, otorgaba graciosamente á otro eslavo, Zohair, señor de Murcia (1), los feudos de Jaén, de Calatrava y de Baeza (2). De esta suerte, privada de las poblaciones del mediodía y del septentrión, la antigua *Cora de Todmir*, feudataria de Almería, ensanchaba sus reducidos límites, recorriendo alguna parte de los dominios de otros días. Sobre aquella región de Murcia, entregada por Al-Manzor á los eslavos, que extendían su autoridad por Denia y por Valencia, pasaban sin conmoverla como un torbellino los acontecimientos que se desarrollaban siniestramente en Córdoba: el destronamiento de Al-Cásim en 412, la exaltación de su sobrino Yahya, hijo de Aly, que era destronado en 413; la restauración de Al-Cásim, lanzado del trono en el siguiente año en que era á él elevado el joven Omeyya Abd-er-Rahmán V *Al-Mostathhir*, muerto violentamente siete semanas después, el 18 de Enero de 1024 (4 de Dzu-l-Caâda de 414); la proclamación de Mohámmad III *Al-Mosstacfi-bil-Láh*, que le sucede; la deposición de éste (Mayo

(1) Dozy, invocando en el t. I de sus *Recherches* (ed. de 1849) el testimonio de Ebn-ul-Athir y de Ebn-ul-Jathib, declara á Zohair hermano de Jayrán (véase la pág. 36).

(2) Dozy, *Hist. des musulm. d'Esp.*, t. III, pág. 329.

de 1025—Rabiê primera de 416), á la cual sigue en Córdoba un interregno de seis meses; el ofrecimiento del Califato y restauración nominal de Yahya-ben-Aly-ben-Hammud en la ciudad citada (Noviembre de 1025—Xagual de 416)... sucesos fueron en que no tuvo participación alguna Murcia, gobernada prósperamente por el eslavo Zohair, en cuyos días alcanzaba no dudosa prosperidad, como la alcanzaban también los muladíes y los mozárabes (1), aunque no sea hacedero determinar con exactitud, con los elementos que han llegado á nuestros días, el grado de desarrollo conseguido.

En vano Jayrán, persiguiendo siempre sus sueños de ambición, y Mochehid, régulo de Denia,—cuyo territorio comprendía no exigua parte de la que fué *Cora de Todmir* en el antiguo país mastiano de la actual provincia de Alicante,—pretendieron unidos restablecer la monarquía, y después del triste reinado del Omeyya Hixém III en Córdoba (418 á 422 H.—1017 á 1030 de J. C.), España se halló entregada en poder de aquellos guallies que desde tiempo antes reinaban independientes en las Coras. Ya acaso en los postreros días de 418, sintiéndose enfermo de muerte el rey de Almería, había mandado llamar á su hermano Zohair, señor feudatario de Murcia, para declararle su heredero en el extenso principado; Zohair con efecto, encomendando el gobierno de Murcia á Abú-Beker Ahmed-ben Isahak-ben-Zaid ben-Táhir Al-Caisí, marchaba sin pérdida de tiempo á

(1) Parece acreditarlo así no sólo el hecho de que en los postreros días del siglo x y primeros del xi, existía en Cartagena un obispo llamado Juan, quien luego lo fué de Cordoba (FLÓREZ, *Esp. Sagr.*, t. VII, pág. 92), sino el de que en la última centuria citada, según la *Colección de Cánones de la Iglesia Española*, traducidos al idioma arábigo, y cuyo texto se contiene «en un códice escrito en pergamino á mediados del siglo xi por el presbítero español Vicente, el cual se guarda en la Biblioteca Nacional», existían dependiendo de Toledo como sufragáneas, las diócesis de Oreto, Biática, Mentesa, Acci, Basta, Urci, Cartagena, Xátiva, Denia, Valencia, Valeria, Secobia, Arcabrica, Segobrica, Guadalajara (*sic*), Segontia, Oxomia y Palencia (FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *Monumentos de la Cartaginense*,—*Revista de Arqueología esp.*, núms. II y III, págs. 140 y 141).

Almería, permaneciendo en esta ciudad hasta el momento en que Jayrán lanzaba su último suspiro, después de lo cual se presentaba al pueblo, acompañado del guazir ó primer ministro de su hermano, el famoso Ebn-Abbás, quien, dirigiéndose á la muchedumbre, exclamaba: —«El Califa Jayrán ha muerto; pero ha escogido para sucederle á su hermano Zohayr. ¿Qué determináis?»—«El pueblo aplaudió la elección y Zohayr comenzó á reinar en Almería el viernes, 4 de Chumáda primera del año 419 (31 de Mayo de 1028)» (1).

Dueño de las Baleares; reinando en Denia, centro á la sazón y corte esplendorosa de poetas y literatos en que se había convertido el antiguo hemeroscopio griego de Diana; siendo á la vez el más afortunado y célebre de los piratas de su época, cuyas temidas y frecuentes expediciones afligían y asolaban á la continua la Cerdeña y las costas de la Italia,—tiempo hacía que el eslavo Mochehid-ben-Yusuf-ben-Alí, de genio emprendedor é inquieto, aspirando á ensanchar sus dominios peninsulares, codiciaba la posesión de Murcia, capital importante, rica ya y poderosa, con todo el valle que riega y fertiliza el Segura, al cual daban los musulimes título de *río blanco*. Aprovechando la ausencia de Zohayr, detenido en Almería por la dolencia de su hermano, disponíase rápido y activo; y marchando contra aquella población, por cuyo señorío suspiraba, caía sobre ella diligente, sorprendiendo á Ebn-Táhir, y se posesionaba de ella, reduciendo á su gobernador al cautiverio (2). No consignan por desventura los escritores musulimes el tiempo que Murcia permaneció sometida á Mochehid é incorporada á Denia; mas no hubo

(1) Dozy, *Recherches*, t. I (ed. de 1849), págs. 36 y 37, tomando este pasaje del *Diccionario* de Ebn-ul-Jathib (Ms. del Sr. Gayangos), fols. 134 r. y v.

(2) Dozy (*Id.*, *id.*, *id.*, págs. 142 y siguientes), opina que debió ser entonces cuando Mochehid hubo de conquistar á Murcia, apoyándose en el testimonio de Al-Homaidí (Ms. de Oxford, fol. 78 v.) quien, al referir la anécdota del celebrado filólogo Abú-Gálíb At-Taiyáni, copiada por Ebn-Jalicán y Al-Maccari, aunque sin hablar este último de ninguna conquista de Murcia, expresa terminantemente que en los días de Mochehid *على مرسيته* fué por él conquistada Murcia.

de ser largo, porque si bien es cierto que tampoco dan noticia de que Zohayr la rescatase por las armas, es lo cierto que proclamado rey de Almería en la primera mitad del año 419, el sucesor de Jairán, que tomaba desde entonces título de *Omaid-d-Dauláh* ó columna de la dinastía, con la cunya de Abú-l-Cásim, debió de reintegrarse personalmente en el dominio de Murcia, ciudad que él había engrandecido y donde moraba el célebre filólogo Abú-Gálib At-Taiyáni, con gran número de cultivadores de las ciencias y de las letras.

Mientras partía de nuevo Zohayr para la capital de sus estados, quedaba Murcia bajo la autoridad y el mando de uno de los más poderosos magnates que en ella de antiguo vivían, y que honrado sobre modo por el glorioso Al-Manzor, había permanecido fiel á los Amiritas. Era éste Abu-Amér Ebn-Jattáb, de estirpe muladí y descendiente acaso de Teodomiro, el régulo de Auriola (1); mas temeroso el de Almería «de que se rebelara contra él, si le dejaba en la ciudad durante su ausencia, porque protegía los designios de Mochehid el Amirita, su rival,—mandaba á Ebn-Jattáb que se estableciese en la capital del reino, donde continuó honrándole con sus favores, encomendando el gobierno de Murcia á Ebn-Táhir, émulo y rival también de Abu-Amér por su parte» (2). Por espacio de diez años, libre de cuidados y de temores, Zohayr reinaba tranquilo en Almería, uno de los más bellos y más extensos principados de la España muslime; en paz con sus vecinos, sólo en 425 había tomado las armas, y llegando á la misma Córdoba, mantúvola cautiva por espacio de quince meses y medio (3), viendo dilatarse entre tanto las fronteras de su reino al NE. con las ciudades de Murcia, Orihuela y Játiva,

(1) Véase al propósito, cuanto quedó consignado en el capítulo precedente, en orden á este particular, según lo acredita Dozy en su *Histoire des musulmans d'Espagne*.

(2) EBN-HAYYÁN cit. por Dozy (t. I de sus *Recherches*, ed. de 1849, págs. 140 y 141).

(3) Dozy, *Recherches*, ed. cit., pág. 66.

al NO. con las de Baeza, Jaén y Baena, comprendiendo «por consiguiente la parte oriental del reino de Córdoba, hasta Sierra-Morena, donde comenzaba el territorio de Toledo; la meridional de Jaén, poblada de hermosos y fértiles valles; la oriental del reino de Granada, país de grande importancia entonces, porque el puerto de Almería era el más concurrido de toda España y donde se hacía el comercio más considerable; el reino de Murcia, casi entero», á excepción de Chinchilla que con otras poblaciones del O. pertenecía al reino de Toledo; «la parte meridional de aquel afortunado reino de Valencia, donde la vegetación despliega variedad y exuberancia admirables; la campiña de Orihuela, y por último, la bella y floreciente Játiva, tan célebre ya en aquella época por su papel, el cual no tenía semejante en todo el universo» (1).

Afecto por gratitud á los Hammuditas y dueño de un estado dilatado y próspero, el más hermoso quizás de cuantos á la sazón habían surgido en España,—lejos de seguir Zohayr el ejemplo con que, al segundar los planes ambiciosos del régulo de Sevilla, le convidaba la conducta de los Amiritas de Valencia, de Denia y de Tortosa, de Mohámmad-ben-Abdil-Láh, el príncipe destornado de Carmona, y al postre del mismo Ebn-Chahuár de Córdoba,—negábase en absoluto á reconocer la autoridad del impostor que se decía Hixém II, y á cuya sombra aspiraba Abú-l-Cásim Mohámmad-ben-Abbad á erigirse, con el apoyo y el asentimiento de los partidarios de los Omeyyas, en el único señor del Al-Andálus. La leyenda forjada por el pueblo y fomentada por el cadhí de Sevilla, respecto de la tercera aparición del desventurado hijo de *Al-Mostanssir*, en quien se había ofrecido el raro caso de salir dos veces de la tumba «antes de que la trompeta del juicio final hubiera sonado» (2), presentaba desde un princi-

(1) DOZY, *Recherches*, ed. cit., págs. 65 á 67.

(2) EBN-HAYYÁN en la *Hist. Abbad.*, t. I, pág. 250.

pío al régulo de Almería como enemigo de los Omeyyas, señalándole á las iras de los parciales de esta causa, pues regresando de Jerusalem Hixém II, según se aseguraba, y después de haberse mostrado en Málaga, al presentarse en la corte de Zohayr en 1035, hábale expulsado de sus dominios el heredero de Jayrán, forzándole así á establecerse en Calatrava (1). Ni el orgullo ni la soberbia del sevillano podían consentir tamaña rebeldía, cuando la mayor parte de aquellos reyezuelos que se repartían los despedazados girones de la califal vestidura, se habían apresurado á reconocer y á acatar al infeliz espartero cuyo rostro asemejaba al del no más venturoso Hixém; y ardiendo vehementemente en deseos de reducir y castigar al eslavo, que osaba por tal camino oponerse á sus proyectos, mandaba contra él poderoso ejército con ánimo de exterminarle. Zohayr invocaba el auxilio del príncipe bereber de Granada, Habús, y con las tropas de este reino y las de Almería, salía al encuentro de los sevillanos, obligándoles á retroceder sin combate; pero mientras Habús tornaba á Málaga, retirábase él á Baeza, sorprendiéndole allí la noticia del fallecimiento de su aliado el granadino, acaecido en Junio de 1038 (Ramadhán de 429), y la de la proclamación de Badís, su hijo y heredero. Comprendiendo que solo no podría resistir quizás el enojo de Ebn-Abbad, su declarado enemigo, y ganoso de renovar con Badís la alianza que había mantenido con Habús, pasaba sin anuncio alguno Zohayr á Granada, donde ambos príncipes, lejos de avenirse como demandaban las circunstancias, concluían por enemistarse, declarándose mutuamente la guerra. Zohayr abandonaba entonces con los suyos la oriental residencia del berebér, y aunque advertido á tiempo, caía en la artera celada que le tenían preparada en Alpuente

(1) Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, pág. 19, citando la *Hist. Abbad.*, t. I, página 222 y t. II, pág. 34.—En este tiempo el feudo de Calatrava que, con los de Jaén y de Baeza, obtuvo Zohayr del Califa Al-Cásim-ben-Hammud en 414, había pasado ya al poder de los reyes de Toledo.

los granadinos, hallando muerte allí desastrosa á fines de Xagual del año referido (fines de Julio ó principios de Agosto de 1038) (1).

Apenas difundida la nueva en los estados vecinos, abatíase como sobre presa largo tiempo codiciada sobre Almería, huérfana de sus señores, el príncipe de Valencia, Abd-ul-Aziz Al-Manzor, quien espiaba por aventura tal momento. Hijo del infortunado Abd-er-Rahmán-ben-Xanchol, y nieto del poderoso ministro de Hixém II, tomaba diligente posesión de Almería, pretextando pertenecerle de derecho aquel reino, por haber sido propiedad de un liberto de su familia, que había muerto sin heredero; pero obligado á regresar á Valencia en 432 ó 433 (1040, 1041 ó 1042) para rechazar al ambicioso Mochehid de Denia que había invadido sus dominios valencianos durante su ausencia, confiaba el gobierno de Almería á su cuñado Abú-l-Ahguás Man, quien tomando el título de *Dzu-l-güizarataini* (generalísimo de los ejércitos y gran canciller) (2), se declaraba al postre independiente. «Gran número de las ciudades que habían obedecido á Zohayr, cuando el reino de Almería era más importante que lo fué jamás después, reconocieron igualmente la autoridad de Abú-l-Ahguás Man, figurando entre ellas Lorca, Jaén y Baeza» con sus departamentos jurisdiccionales, quebrantada por aquel acto una vez más todavía la unidad primitiva de la región mastiana que se repartían entonces Toledo, con la mayor parte de la actual provincia de Albacete; Valencia, con Játiva, Murcia y Orihuela; Denia, con Elche y Alicante, y Almería, por último, con Lorca y Cartagena, ciudades principales todas ellas

(1) Dozy, *Recherches*, ed. cit. de 1849, pág. 65; *Histoire des musulmans*, tomo IV, páginas 37 á 41. Ponzoa, siguiendo al canónigo Lozano (*Bastetania*, tomo II), escribe que «Zohairo... se coronó poco antes del año 1043 y reinó hasta el de 1051 en que murió, no se dice en dónde, ni en paz ó en guerra» (*Op. cit.*, cap. VIII).

(2) Es el que sin duda consideró Ponzoa como cuarto rey de Murcia, llámádole *Ahmet Abu Abdalla Dulzuarzratim* (*Op. cit.*, cap. XI).

que aparecían como cabezas de distrito en el antiguo reino de Aurariola.

Era Murcia, al decir de los escritores árabigos, «país que contenía todo cuanto pudiera conceptuarse preciso para el equipo y para el embellecimiento de una joven desposada, cuya belleza trata de lisonjearse, sin necesitar tomar cosa alguna de estas de otros países» (1); hombres valerosos eran sus habitantes, que desafiaban con frecuencia á sus propios soberanos; ninguna otra región de España podía entonces rivalizar con Murcia, por la cantidad y la variedad de sus producciones ni por el número de sus fábricas y telares, donde entre otras se labraba la preciosa tela de seda conocida con el nombre de *al-guax*, matizada de brillante colorido y de muy subido precio y estima, tela que sólo era entonces fabricada en esta ciudad, en Málaga y en Almería (2). Confiada Murcia desde los días de Zohayr al mando de Ebn-Táhir, hombre acaudalado y poderoso,—si desde la caída de la dinastía eslava fingió éste obedecer en apariencia al valenciano Abd-ul-Aziz, había logrado en realidad permanecer independiente y pacífico en aquella comarca, mientras Ebn-Xabib, gobernador de Lorca por Al-Ahguás, se sublevaba en esta importante plaza al fallecimiento del príncipe (443 H.—1041 á 1042 J. C.), negándose á rendir obediencia al joven Mohámmad su hijo, en cuyo nombre regentaba el principado su tío Abú-Otbah Ssomádh. Así, sin conseguir Mohámmad apoderarse y someter á Lorca, sin obedecer Ebn-Táhir en Murcia al régulo de Valencia, ni durante el reinado de Abd-ul-Aziz (429 á 453 H.—1038 á 1061), ni durante el de su sucesor Abd-ul-Malik *Al-Motháffir* (453 á 457 H.—1061 á 1065), se mantenían independientes aquellas dos importantes poblaciones, que no conocían más señores que los que las gobernaban, razón en

(1) Dozy, *Recherches*, ed. cit. de 1849, cit. á Ax-Xecundí y Al-Maccari.

(2) Dozy, *ibidem*. págs. 67 y 73.

cuya virtud, heredaba semejante suerte de principado en Murcia á la muerte de Abu-Beker Ahmed ben-Táhir, su hijo Abú-Abd-er-Rahmán, sin contradicción ni contratiempo alguno.

Como recuerdo de este período, y correspondiendo al último año del reinado de *Al-Motháffir*, sólo ha llegado á nuestros días un epígrafe sepulcral, por medio del cual se acredita, según ocurre con los que de la misma centuria se conservan en Almería, que, aun á despecho de la descomposición á que con la caída del Califato cordobés llegaban todos los elementos de cultura atesorados por los musulmanes españoles, todavía en estas regiones orientales vivía la tradición poderosa de la edad fenecida. Labrado en una tabla de mármol blanco, que mide 0,^m 52 de alto por 0,^m 42 de ancho, el indicado epígrafe consta de once líneas seguidas é iguales de caracteres cúficos, en esta forma:



Su trascripción en caracteres usuales y su traducción castellana, se ofrecen de la manera siguiente :

بِسْمِ اللّٰهِ الرَّحْمٰنِ الرَّحِیْمِ،	
یٰۤاَیُّهَا النَّاسُ اِنْ وُعدَ اللّٰهُ	
حَقًّا فَلَا یَغۡرِبۡکُمُ الحَیَاةُ الدَّ	...
نِیَا وَلَا تَغۡرِبۡکُمُ بِاللّٰهِ الغَر	...
رُ، هَاذَا قَبْرُ اَحْمَدَ ابْنِ	...
خَتَاجٍ تُوْفِی رَحْمَةً اللّٰهِ بِاَقۡبٰی بَرِّ	...
جَبِ اِثۡنَا عَشَرَ یَوۡمًا سَنَةِ سَبۡعِی وَ	...
خَمۡسِیۡنَ وَارۡبَعَةَ مِاِیۡةٍ کَانَ	
یَشۡهَدُ اَنْ لَا اِلٰهَ اِلَّا اللّٰهُ	
وَحَدَّهٖ لَا شَرِیۡکَ لَہٗ وَا	...
نَ مُحَمَّدًا عَبۡدَهُ وَرَسُوْلَهُ	...

En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!
¡Oh vosotros, hombres! Creed que las promesas de Alláh
son ciertas! No pues os dejéis seducir por los placeres del mun...
 ... do, y no os apartéis de Alláh por los hala...
 ... gos (del demonio!)—Este es el sepulcro de Ahmed Ibn
 Jatách. Murió (Apíadese de él Alláh!), faltando (por transcurrir) de Ré...
 ... cheb doce días, el año siete y
 cincuenta y cuatro cientos (1). Con...
 ... jesó que no hay otra divinidad que Alláh
 único, para quien no existe compañero, y q...
 ... ue Mahoma es siervo suyo y su enviado (2).

Era llegado el año 471 de la Hégira (1078 de J. C.), cuando, fuerte y poderoso ya el reino de Sevilla bajo el gobierno del

(1) Corresponde al 12 de la luna de Récheb del año 457 de la Hégira; 25 de Junio del año 1065 de J. C.

(2) Descubierta la lápida en Murcia por nuestro docto amigo el ilustrado catedrático de aquel Instituto Sr. D. Ángel Guirao, al abrir los cimientos de una casa de su propiedad, figura hoy por donación de dicho señor en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

celebrado Al-Môtamid,—su favorito el poeta elegantísimo Aben-Ammar, pasaba por Murcia, ya de él conocida (1), con ocasión ahora de visitar, ignórase con qué motivo, al conde de Barcelona Ramón Berenguer II, apellidado *Cap d'estopa*. Valencia, incorporada al reino de Toledo desde 457 por el famoso Al-Mámun, no había pensado ó no había podido nunca hacer efectiva su soberanía sobre Murcia, al paso que el príncipe Al-Môtassim de Almería tampoco lo había intentado, constituyendo en consecuencia aquel distrito un verdadero reino, regido por la dinastía de los Beni-Táhir. Eran éstos de estirpe arábica y de la tribu de Cais; inmensamente ricos, dueños de la mayor parte del país que les obedecía, contaban sin embargo con muy escaso número de tropas, circunstancia que no hubo de escaparse á la perspicacia y á la ambición de Aben-Ammar, quien, desde luego, concibió la idea de extender hasta allí los límites del reino de Sevilla. Sagaz y astuto, aprovechando la confianza de Abu-Abd-er-Rahmán, y el descontento de algunos nobles murcianos, que se prestaron venales á favorecer sus designios, trataba el ministro de Al-Môtamid con ellos; y preparado de tal suerte el terreno, al llegar á Barcelona, ofrecía á Ramón Berenguer la suma de diez mil ducados, si le ayudaba á apoderarse de Murcia. Para seguridad del convenio y conformándose con la costumbre establecida, el Conde entregaba como rehenes á Aben-Ammar su propio sobrino, y el sevillano por su parte, prometía que si el dinero no estaba en poder del catalán para la época

(1) «Nacido en humilde cuna y en desvalida pobreza», en una aldea cercana á Silves, donde recibió su primera educación literaria, pasó luego á Córdoba á perfeccionarse. «Pronto sus composiciones poéticas le dieron cierta fama, y desde entonces empleó este talento para ganarse la vida, recorriendo las ciudades y villas de Andalucía, y componiendo panegíricos á grandes y pequeños» (SCHACK, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, t. II, págs. 78 y 79 de la trad. esp. de D. Juan Valera). Entre las poblaciones que hubo de recorrer Aben-Ammar en aquella época, fué una Murcia, regida á la sazón por Abú-Abd-er-Rahmán-ben-Táhir, en honor de quien compuso algunas poesías, en recompensa de las cuales Ben-Táhir le dispensó sus favores y le colmó de regalos (Dozy, *Hist. des musulmans*, t. IV, pág. 177, citando á Aben-Al-Abbar, pág. 189).

fijada, serviría entonces de garantía, y también en concepto de rehenes, el príncipe Ar-Raxid, á cuyo cargo estaría el ejército de Sevilla.

Comunicada á Al-Môtamid la nueva, aceptábala sin reparo, aunque sin conocer por completo los términos convenidos; é inmediatamente enviaba sus tropas, las cuales, unidas á las del Conde de Barcelona, comenzaron á combatir el reino de Murcia, mientras Al-Môtamid en persona se preparaba al frente de otro ejército á marchar contra los dominios de Abú-Abd-er-Rahmán-Ebn-Táhir. Llegado el plazo estipulado, y como el rey de Sevilla hubiese en su abandono dejado pasar el término sin mandar los diez mil ducados prometidos, juzgándose engañado Ramón Berenguer, se apoderaba del príncipe Ar-Raxid y de Aben-Ammar, en los momentos en que el Abbadita llegaba con sus gentes á las orillas del Guadiana menor, donde le sorprendía y desconsolaba la desagradable noticia del cautiverio de su hijo y de la derrota de los sevillanos que habían intentado rescatarle á viva fuerza, viéndose obligado á retroceder á Jaén, y cargando en represalias de hierros al sobrino del Conde. Recobrada la libertad, Aben-Ammar no tardaba mucho en reconquistar el aprecio de su señor, y puesto con él de acuerdo, ofrecían ambos al catalán la libertad de su sobrino y los diez mil ducados á cambio de la libertad del príncipe, cosa que no conseguían, no obstante, sino al precio de treinta mil que exigía Ramón Berenguer, y que le eran entregados á pesar de sus apuros por el sevillano (1).

No había aquella primera tentativa producido el resultado que Aben-Ammar codiciaba: Murcia, aun estragado su territorio por los catalanes y las gentes de Al-Môtamid, se mantenía en su abandono independiente; pero el poeta favorito y primer mi-

(1) Refieren los escritores musulmes que no disponiendo Al-Môtamid de la enorme suma exigida por Ramón Berenguer, hizo acuñar moneda en cantidad suficiente, si bien con demasiada aleación de estaño. Para fortuna suya, el Conde no se impuso del fraude, sino después de haber dado libertad á Raxid (Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, pág. 172).

nistro de Ebn-Abbad, no había renunciado á sus proyectos, consiguiendo al postre que su señor le autorizase á levantar un ejército, con el cual se ponía en marcha contra Murcia. Llegado á las cercanías de un castillo que llevaba el nombre de Baley, y que pertenecía á un árabe oriundo de la tribu siríaca de Coxair, llamado Ebn-Raxic, salía éste al encuentro de Aben-Ammar invitándole á descansar en el castillo, donde era tratado magníficamente, y donde el castellano, ganándose la voluntad del poeta, conseguía al cabo conquistar mañoso también su confianza. Incorporado al ejército, que caminaba con ánimos de sitiar á Murcia, caía Mula en poder de los sevillanos, pérdida importante á la verdad, pues de esta población recibían los murcianos sus víveres; y convencido Aben-Ammar de que no pasaría mucho tiempo sin que Murcia se rindiese, dejando á Ebn-Raxic de alcaide ó gobernador en Mula, tomaba la vuelta de Sevilla. A su llegada, recibía cartas de su lugarteniente, en las cuales pintaba aquél la situación dolorosa de la ciudad: afligida por el hambre, algunos ciudadanos, á quienes había ofrecido puestos lucrativos, no habían vacilado en comprometerse á favor de los sitiadores, como efectivamente acontecía, abriendo traidores á Ebn-Raxic las puertas de la ciudad y entregando indefenso á Ebn-Táhir, quien era arrojado en una prisión, con lo cual los murcianos prestaron á Al-Môtamid juramento, reconociéndole por dueño.

Habíase verificado tan triste suceso, por el cual Murcia perdía momentáneamente su independencia, en aquel mismo año de 471 (1078): Aben-Ammar, sin ocultar su regocijo, apresurábase á tomar posesión de la reina del Segura, distribuyendo numerosos regalos por todas partes, y penetrando como triunfador en la ciudad, donde al día siguiente de su entrada daba solemne audiencia, á modo de soberano, sin nombrar para nada á Al-Môtamid, refiriéndose que con el deseo de manifestarse agradable á Ebn-Táhir, «le había hecho presentar muchos trajes de honor con el objeto de que escogiese el que más fuera de su agrado; pero Ebn-Táhir, cuyo humor naturalmente cáustico se

había agriado con la pérdida del reino, respondió al mensajero de Aben-Ammar:—Vé á decir á tu amo que no quiero de él sino una ancha zalea y un gorro,»—aludiendo así epigramáticamente á la humilde condición del orgulloso poeta, que había sido pastor en Silves. «Al recibir respuesta semejante en medio de sus cortesanos, Aben-Ammar se mordió los labios de despecho, exclamando:—No se me oculta el sentido de sus palabras; sí, ese era el traje que yo vestía, cuando pobre y oscuro, vine á recitarle mis versos!»—Y no perdonando á Abu-Abd-er-Rahmán golpe tan rudo dado á su soberbia, hacíale encerrar en la cercana y enriscada fortaleza de Monteagudo (1), desoyendo las órdenes de Al-Môtamid que le mandaba darle libertad á ruegos de Abú-Beker-ben-Abd-il-Aziz de Valencia. Merced á los socorros de éste, el antiguo príncipe murciano conseguía escapar de su prisión, estableciéndose en la corte del valenciano, su protector y amigo, contra quien dirigía lleno de cólera Aben-Ammar un poema, excitando á los de Valencia á rebelarse contra su príncipe.

Pagando con negra ingratitud los beneficios innumerables que debía á Al-Môtamid, colmábale de innobles injurias en otro poema, que al fin, le granjeaba el justo resentimiento del sevillano, á quien era deudor de su engrandecimiento y su fortuna; «pero el rey de Sevilla no tuvo necesidad de dar castigo alguno á su guazir, encargándose otros de ello. Entregado por completo á los placeres de su nuevo estado, sin justa atención á nada de cuanto á su seguridad convenía, no sospechaba Aben-Ammar que Ebn-Raxic, segundado por el régulo de Valencia le vendía traidor, siendo ya demasiado tarde para conjurar la tormenta cuando abrió los ojos: excitados por Ebn-Raxic, los soldados exigieron en tumulto y á grandes gritos sus pagas atrasadas; y como Aben-Ammar no podía satisfacerlas, le amenazaron con

(1) Nuestro buen amigo el erudito escritor murciano D. Pedro Díaz Cassou, ha escrito acerca de este episodio de Monteagudo una leyenda titulada *Los amigos vueltos enemigos ó el rey de Murcia y el wazir del rey de Sevilla*, dada á la estampa en el *Diario de Murcia*, número 3,301, correspondiente al 2 de Mayo de 1888.



entregarle á Al-Môtamid entonces, amenaza que haciendo estremecer de terror al poeta, le determinaba á huir precipitadamente», con lo cual quedaba Ebn-Raxic dueño de Murcia (1): no de otra forma resultaba justamente castigado en su soberbia desmedida el desvanecido guazir, que había soñado igualarse un día, ya que no sobrepujar y oscurecer á su amo, y no por otro camino, aquel pequeño principado, cuya soberanía, más nominal que efectiva después de la muerte de Zohayr, pasaba de Almería á Valencia, sin que los régulos del uno y del otro estado pudieran nunca ejercer en Murcia su autoridad, lograba primero con Zohayr, más tarde con los Beni-Táhir, y por último con el advenedizo Raxic, conservar su independencia en medio del flujo y reflujo incesante de pasiones, de miserias, de apostasías y de vergüenzas que caracteriza aquella edad zozobrosa y fatal para los musulmanes españoles.

Enérgico y valiente, sagaz y activo, mientras divididos éstos y arrebatados de locas ambiciones se despedazaban mutuamente en sangrientas y estériles discordias, ceñía á sus sienes la corona de León y de Castilla príncipe de altísimo renombre y de incomparable fama, cuyas proezas heroicas y hazañosos hechos llenan de gloria inmarcesible las páginas de nuestra historia patria. Ni los momentos eran en realidad para desperdiciados, ni el gran Alfonso VI hombre que comprendiéndolo, permitiese perder la

(1) Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, pág. 180. Fugitivo de corte en corte, Aben-Ammar, recorrió primero la del castellano Alfonso VI, después la de Zaragoza, donde reinaba Al-Moctadir-bil-Láh, luego la de Lérida, y volviendo á Zaragoza, donde Al-Mutamin había sucedido á Al-Moctadir, fué por último hecho prisionero en Segura de la Sierra por los Beni-Sohail, á quienes había ofendido durante el tiempo que fué rey de Murcia, y quienes lo entregaban al justo castigo de Al-Môtamid de Sevilla.—Dozy al referir estos hechos coincide con la relación de Abd-ul-Guahid Al-Marrecoxi (*Hist. de los almohades*, pág. 75 y sigts). El moderno historiador de Mula, Sr. D. Nicolás Acero y Abad supone, no sabemos con qué autoridad ni con qué fundamento, que Al-Môtamid dió orden á Ebn-Raxic, el alcaide de Mula, para «que prendiese y matase á Abu Bequer (Aben-Ammar), como lo hizo en 477 (1084 de C.).» «Muerto Abu Bequer ben Ammar,—añade,—el gobierno de Murcia pasó á manos de Ben Raxic», no faltando «quien pretenda que Ben Raxic negó la obediencia á Al-motamed y se declaró independiente» (*Hist. de la M. N. y L. villa de Mula*, cap. VI, pág. 140).

favorable coyuntura con que le brindaba provocativa la situación miserable á que era venido el Islám en Al-Andálus; por eso, inspirándose en la conducta y con el ejemplo de su egregio progenitor Fernando I, no sólo se hacía dueño del poderoso reino de Toledo cuyos dominios un día se extendieron hasta la misma Córdoba y Valencia, sino que imponiéndose á Al-Môtamid de Sevilla, como á Al-Motaguakkil de Badajoz, como á los Beni-Razin de la Sahlah, á los Zeyritas granadinos, y al zaragozano Al-Mutamin, rendíanle todos ellos humilde vasallaje y pagábanle crecidos tributos, llenando con su solo nombre de espanto y de terror á los musulimes. Como señor absoluto, disponiendo á su antojo de los principados islamitas, había entregado en las flacas manos del último Beni-dzi-n-Non el reino de Valencia, después de la muerte de Abu-Beker-ben-Abd-il-Aziz, gracias al ejército castellano que le sostenía; y mientras la región valenciana podía considerarse sometida, pues que «una gran parte del territorio pertenecía á los castellanos, y para incorporar la ciudad á sus estados, no tenía Alfonso más que pronunciar una palabra,» la antigua Salduba sitiada, parecía también próxima á caer en sus manos, haciéndose la situación insostenible.

Al propio tiempo, llevado de su impulso sin duda, y al frente de su mesnada, cruzando el territorio de Murcia valeroso, el noble García Jiménez llegaba á las inmediaciones de Lorca, aun no devuelta á Al-Môtassim de Almería; y apoderándose por fuerza de armas del castillo de Aledo, cuya situación era inmejorable, establecíase en él animoso y decidido (1085) (1), haciendo frecuentes y devastadoras incursiones en los dominios almerienses, y contribuyendo de tal manera al abatimiento de los míseros musulmanes que, desfallecidos y desanimados, ni «osaban medirse en la proporción de cinco contra uno con los cristia-

(1) Los *Anales I.^{os} Toledanos* refieren con error este hecho temerario al año 1080 diciendo: «Fué la batalla d'Alaedon que fizo García Exemenez con los Moros, Era MCXXIV.»

nos,» (1) ni veían otro término á sus males que la sumisión á Alfonso de Castilla ó la emigración en masa. Antes no obstante de llegar á semejante extremo, y labrando su propia ruina, volvían al África los ojos; é implorando el auxilio de aquel rudo y fanático Yusuf-ben-TeXufín, que había fundado en Marruecos poderoso imperio, juzgáronse libres ya del enemigo, cuando en Zalaca Alfonso era derrotado por los almoravides (23 de Octubre de 1086) (2); mas engañábales su deseo. Aquel triunfo inesperado que puso en grave peligro la obra gloriosa de la Reconquista cristiana, y al cual sin embargo no contribuía personalmente el régulo de Almería, porque la amenazadora vecindad de los castellanos de Aledo no le permitía ausentarse de sus estados,—lejos de producir los frutos codiciados por los islamitas, fué enérgico incentivo para Alfonso quien, rehaciéndose en breve y una vez partido Yusuf para el África, tornaba á mostrarse implacable y sangriento delante de sus enemigos.

Si no se le ocultaban los riesgos que correrían sus armas al dirigir sus ataques del lado de Badajoz y de Sevilla, tampoco ignoraba que «el E. de Andalucía le brindaba copiosa serie de triunfos, y que sería para él fácil estragarle y conquistarle acaso. Eran con efecto los pequeños principados de aquella región, Valencia, Murcia, Lorca y Almería, los más débiles de cuantos existían en la Península, y los castellanos ocupaban allí, entre ellos, posición harto ventajosa y fuerte que entregaba el país á merced suya: tal era el castillo de Aledo, cuyas ruinas subsisten

(1) Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, pág. 197, expresa además: «Dernièrement un corps de quatre cents Almériens (et c'était un corps d'élite) avait pris la fuite devant quatre-vingts Castellans,» tomando esta noticia de la *Hist. Abbad.*, t. II, pág. 20.

(2) El autor del *Rud-al-Cartás*, Abd-ul-Halim de Granada, que escribe ya en el siglo XIV, refiere no sabemos con qué fundamento, que después de la batalla de Zalaca mandó Yusuf cortar la cabeza á los cadáveres de los cristianos muertos en el combate, enviando diez mil cabezas á Sevilla y otras tantas á Zaragoza, á Murcia, á Córdoba y á Valencia (pág. 211 de la trad. de Beaumier). Sobre ser el acto demasiado inhumano, no lo hacen aceptable la situación en que respecto á los almoravides se hallaban á la sazón Zaragoza y Valencia.

todavía al presente, y que, colocado entre Murcia y Lorca, se erguía en la cumbre de escarpado monte, siendo capaz para contener doce ó trece mil hombres de guarnición, y pudiendo pasar por inexpugnable. De allí salían los castellanos para correr y algazar en los alrededores, aun para sitiar á Almería, á Lorca y á Murcia (1), pareciendo prometer todo, si no se tomaban otras providencias, que aquellas ciudades concluirían al postre por caer en sus manos.» «Conociendo la gravedad del peligro que amenazaba á Andalucía por este lado, Al-Môtamid, cuyos personales intereses estaban por otra parte en juego,» resolvíase á intervenir con todas sus fuerzas: «Murcia y Lorca, las dos poblaciones más expuestas á los ataques del enemigo, eran propiedad suya; la primera de derecho y de hecho la segunda, pues el señor de Lorca, Ibn-al-Yasa, á quien no era dable por su debilidad resistir los castellanos de Aledo, le había reconocido por su soberano, con la esperanza de que acudiría en su socorro. Reinando en Murcia Ebn-Raxic, Al-Môtamid ardía en deseos de castigar al rebelde; y habiendo tomado la resolución de poner término á las invasiones de los castellanos y de reducir á Ebn-Raxic á la obediencia, reunía sus propias tropas á las que Yusuf le había confiado, y marchaba decidido para Lorca» (2).

Todo fué en balde, sin embargo: interesando en su favor á los almoravides que figuraban en el ejército sevillano, el rey de Murcia supo obligar á Al-Môtamid á regresar á sus estados sin conseguir nada, y García Jiménez con sus castellanos, continuó

(1) *Abbad.*, t. II, pág. 25.

(2) Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, pág. 210 y 211.—Para demostrar el desmayo de las tropas mahometanas, este escritor consigna que «arrivé [Al-Môtamid] dans cette ville [de Lorca], il fut informé q'un escadron de trois cents Castellans se trouvait dans le voisinage. En conséquence il ordonna à son fils Râdhî d'aller l'attaquer avec trois mille cavaliers sévillans. Râdhî, toutefois, qui aimait les lettres bien plus que la guerre, s'excusa en prétextant une indisposition. Fort irrité de ce refus, Motamid confia alors le commandement à un autre de ses fils, qui s'appelait Motadd. Mais la supériorité des Castellans sur les Andalous devait se montrer une fois de plus. Quoiqu'ils fussent dix contre un, les Sévillans essayèrent la plus honteuse déroute.»

desde Aledo imponiéndose á los musulmes de Lorca, de Murcia y de Almería; y como la situación después de la batalla de Zalaca seguía siendo la misma y tan insostenible, al África habían ido á implorar los socorros de Yusuf, en quien cifraban todas sus esperanzas de salvación, faquihes y notables de Valencia, de Murcia, de Lorca y de Baza, sitiando el palacio del emperador de los almoravides, y quejándose los unos del Cid, los otros de García Jiménez, sin que produjeran sus lamentaciones efecto alguno en el africano. Al postre y convencido de su flaqueza, Al-Môtamid cruzaba el Estrecho y conseguía mover el ánimo del almoravide, quien, tornando á Al-Andálus, en la primavera del año 1090 (483 H.) y ya reunido con las tropas sevillanas, invitaba á los demás régulos andaluces á concurrir con él al sitio de Aledo.» «Temim de Málaga, Abd-ul-Láh de Granada, Môtassim de Almería, Ebn-Raxic de Murcia y algunos otros señores de menor importancia respondían á su llamamiento, y dió principio al sitio de la plaza. Las máquinas de guerra fueron construídas por carpinteros y trabajadores murcianos, conviniéndose que los príncipes atacarían la fortaleza alternativamente un día cada uno; pero se adelantaba poco: los defensores de Aledo llegaban al número de tres mil, bastando mil de ellos sólo para rechazar vigorosamente los asaltos, y como la plaza era además sobrado fuerte, los musulmanes, después de haber intentado en vano hacerse dueños de ella por la fuerza, se resolvieron á sitiarla por hambre.»

Tal era la situación, cuando despiertos á sobre hora los odios y los rencores que en medio del peligro tenían divididos á los régulos de Al-Andálus, tomaban éstos por árbitro de sus querellas al emperador de los almoravides en cuyo ánimo labraba el deseo de apoderarse de España, país que le había sorprendido y agradado desde un principio, é incorporarle á sus dominios de África, sobre todo después de haber tranquilizado su conciencia las manifestaciones de los faquihes á él favorables; y mientras Al-Môtassim de Almería procuraba perder al rey de

Sevilla, malquistándole con Yusuf, Al-Môtamid por su parte perseguía igual propósito respecto de Ebn-Raxic, á quien presentaba como aliado de Alfonso VI, y protector de los cristianos de Aledo, cuyos intentos favorecía solapadamente según las apariencias; y haciendo valer por último sus derechos á la posesión de Murcia, pues que había sido conquistada en su nombre y por sus tropas, exigía que el traidor que se había alzado en aquella ciudad le fuera entregado para castigarle. Yusuf encomendaba á los faquihs que examinaran la cuestión; y habiendo reconocido éstos el derecho de Al-Môtamid, fué reducido á prisión el príncipe de Murcia y entregado al de Sevilla, prohibiéndole no obstante el africano que le diera muerte. Aquel atentado produjo con verdad bien desastrosas consecuencias; pues irritados los murcianos por semejante alevosía, no sólo abandonaron el campo, sino que se negaron en lo sucesivo á proveer de víveres y de obreros el ejército coligado (1), con lo cual la situación de éste era poco lisonjera, tanto más cuanto que se aproximaba ya el invierno.

No consistía en esto el principal peligro sin embargo: noticioso de la presencia de los almoravides en España y de la tenacidad con que asediaban el castillo de Aledo, Alfonso VI congregaba sus huestes, escribiendo á más al Cid, á la sazón en territorio de Valencia, donde se había impuesto á los señores de Murviedro y Alpuente, ordenándole incorporase sus fuerzas á la hueste real que preparaba. Rogando al monarca le informase de la época en la cual se pondría en marcha, Rodrigo contesta-

(1) En el *Cartás* se consigna que al ser reducido á prisión Ebn-Raxic, á quien se da el nombre de Abd-ul-Aziz, «l'armée du dit émir Abd-el-Azyz, se voyant sans chef, se révolta, et, se dispersant dans les campagnes avec ses Kaïds, intercepta les convoies de provisions et la disette ne tarda pas à s'étendre sur le camp des Musulmans» (Trad. de Beaumier, pág. 218). El afecto de los murcianos al afortunado aventurero Ebn-Raxic, parece hallar explicación en los beneficios que sin duda recibió de manos de él en especial la ciudad de Murcia, donde hubo de hacer varias construcciones fuera del recinto de la primitiva almedina, y en particular en el arrabal del Norte, ampliando este y los restantes, según tendremos ocasión de reparar oportunamente.

ba hallarse dispuesto; y saliendo de Requena, se dirigía á Játiva, donde un mensajero le avisaba de que el rey reunía en Toledo un ejército de diez y ocho mil hombres, al que debía esperar en Villena, punto por el cual pasaría; no era Villena población que permitiese al Campeador avituallar allí sus tropas, razón por la cual se detenía en Onteniente, si bien teniendo la previsión de dejar en Villena y en Chinchilla fuerzas que le informaran oportunamente de la llegada del castellano, quien, siguiendo otra derrota, avanzaba hacia Aledo; sabedor de esta circunstancia y profundamente disgustado, Rodrigo, ya en Hellín, dejando á la espalda el grueso de su mesnada, se adelantaba con un pequeño cuerpo llegando hasta Molina, en las inmediaciones de Murcia (1). Aunque Yusuf tuvo al principio la intención de esperar al ejército de Alfonso en la Sierra de Tirieza, al O. de Totana, y batirle en aquel sitio,—temeroso de que los musulmanes españoles le comprometieran huyendo en medio de la lid, como lo habían hecho en Zalaca, juzgó prudente el retirarse á Lorca, tanto más cuanto que el castillo de Aledo no estaba en estado de defensa y los cristianos al fin se verían precisados á evacuarle. Cuando Alfonso VI llegaba con efecto delante de la fortaleza, que había resistido durante cuatro meses los ataques reiterados de los islamitas, sólo encontró en ella un centenar de hombres: arruinadas las fortificaciones y aportillados los muros, era ya de todo punto imposible conservar aquel baluarte, razón por la cual el monarca de Castilla poniendo fuego á lo que aún subsistía y llevando consigo las reliquias de la guarnición, tornaba á sus estados sin haber tenido necesidad de desenvainar la espada (2).

Si bien el éxito no había podido ser más lisonjero, pues la retirada de Yusuf se asemejaba realmente á vergonzosa fuga, prestando oídos Alfonso á los «malos mextureros», hacía recaer sobre Rodrigo todo su odio, á despecho de las justificaciones

(1) Dozy, *Recherches*, ed. de 1860, t. II, págs. 137 y 138.

(2) Dozy, *Hist. des musulm.*, t. IV, págs. 223 y 224.

que el Campeador una y otra vez le enviaba, aunque sin resultado: lleno de sentimiento por ello y de noble amor á Castilla, cuyo engrandecimiento procuraba, teniendo á su devoción un ejército que de él solo dependía, el Cid, desde Molina, partía para la palmífera Elche de donde, pasada la Noche-buena de 1090, se dirigía al Castillo de Polop en la actual provincia de Alicante, apoderándose de él y de las riquezas que guardaba, y estragando de tal suerte el país, sin que el régulo de Denia, Al-Mondzir, á quien pertenecía, pudiera impedirlo, que desde Orihuela hasta Játiva no dejaba muro en pie en su coraje, estableciéndose por último en Mirayete, cerca de Tortosa (1). Mientras por esta parte, el territorio que antes había correspondido á Todmir era presa de Rodrigo Díaz de Vivar, por otro, arrojando al postre la máscara con que había hasta aquella ocasión ocultado sus designios, Yusuf-ben-Texufín, dueño de Granada y de Málaga, contando con la voluntad y el asentimiento del pueblo y de los faquihes, que invocaban su auxilio y su protección, aunque regresando á Algeciras, dejaba encomendado el mando de sus feroces tropas á su pariente Seyr-ebn-Abi-Beker, quien secundando los intentos del africano, se apoderaba de Tarifa, ya en Diciembre de 1090, y de Córdoba (Marzo de 1091), de Carmona (Mayo), y por último de Sevilla y Ronda, al propio tiempo que Bathy, uno de los alcaides de Seyr, en el mismo mes de Safár conquistaba á Jaén, Baeza, Bilat y los distritos del Segura y del Júcar (2), y en el mes de Xaguál del citado año, Yusuf-ben-David Ebn-Aíxa se hacía dueño de Almería y de Murcia así como de Denia y de Játiva, puntos desde los cuales trató aunque inútilmente de señorear á Valencia, en el siguiente año (3).

No de otra forma, la antigua provincia de Al-Andáalus, depen-

(1) Dozy, *Recherches*, t. II, pág. 139 y 140.

(2) *Carlás*, pág. 221 de la trad. francesa. Beaumier entiende con error que Bilat (quizás Fehs-ul-boloth ó acaso mejor Balazote), es Albacete, y dice que los demás distritos son los de «El-Sukheira y Segura.»

(3) *Id.*, pág. 223.

diente primero de los gualtes de África, independiente y poderosa luego bajo el gobierno contradicho de los Omeyyas, juguete más tarde de las ambiciones de eslavos y bereberes, advenedizos los unos y los otros, que se disputan sin cesar encarnizados los restos del poderío islamita en España, reduciéndole á mísera condición, mientras se ufanan y engríen desvanecidos entre los halagos del cortesano incienso que en su impotencia les trastorna,—quedaba sujeta al yugo de aquellos fanáticos, rudos y faltos de cultura, que en pos de Yusuf-ben-Texufín habían cruzado el Estrecho y vencido en Zalaca al glorioso Alfonso VI de Castilla. Cumplidos estaban los deseos de los faquihs, en quienes producía singular escándalo el espectáculo de aquellas cortes fastuosas, cuyo esplendor y brillantez eclipsaba la de los Abd-er-Rahmanes y Al-Hakemes; satisfecho podía considerarse el pueblo, aquel pueblo indolente y perezoso, incapaz de defenderse, enervado en la molicie y agobiado bajo la pesadumbre del insultante lujo ostentado por los régulos que los afligían con su gobierno. Ya no resonaría en lugar de la voz del Imám repitiendo las suras del libro santo, el báquico cantar de las orgías, ni el acento melodioso y lisonjero de los poetas que, sedientos de riquezas, acudían de todas partes á Sevilla y Almería, á Murcia y Badajoz y á las principales capitales; ya no gravaría sobre el labrador aquella serie de impuestos y de contribuciones ilegales que le reducían á la miseria, mientras el dueño devoraba en los festines el fruto del sudor de sus vasallos... La integridad, la justicia, la religión habían recobrado su imperio, y con el triunfo de los almoravides se conceptuaban felices y dichosos. Miserables esclavos, sin dignidad ni energía, colmaban de insensatas bendiciones las manos mismas de aquellos que habían de cargarles en breve de insufribles cadenas.

Grandes eran las esperanzas; inmensa la sed de justicia que asediaba á los musulmanes españoles; invencible el deseo de entregarse al sosiego, reducidos, cual juzgaban, á la impotencia sus enemigos de siempre, los cristianos; pero en breve, como si al

tocar el fantasma de la realidad hubieran contemplado el sangriento espectro de la muerte, sueños, ilusiones, esperanzas, deseos, aspiraciones, todo, huía en tropel acelerado, cuando los almoravides se declaraban únicos señores del territorio que en España habían dejado á los musulimes los Alfonsos y los Fernandos. No era dable con verdad, que aquellos que habían gustado con deleite en medio de sus quejas las dulzuras y los bienes de la cultura pasada, se avinieran ahora á ser gobernados y mirados con desdeñoso menosprecio por los que se estimaban sus señores; si abolidos un momento, volvieron de nuevo á gravar sobre el pueblo los impuestos y las exacciones, haciendo intolerable la vida; y aquellos mismos que antes besaban llenos de gratitud la mano que iba á libertarles, maldecíanla en silencio, recordando con tristeza los días de prosperidad, en que aun esquilados y explotados, eran no obstante libres y se veían lisonjeados, mientras ahora quedaban en la triste condición de los siervos.

¿Qué podía importarles el triunfo que sobre los castellanos conseguían en Uclés, ni los que en las regiones boreales alcanzaban contra los aragoneses? ¿Qué, las victorias que en desprestigio del Islám lograba Alfonso I *el Batallador*? ¿Qué, las discordias tristes y vergonzosas de que fué teatro Castilla, durante el reinado de doña Urraca? Enemigos de toda dominación, si en momentos de verdadero peligro y de ansiedad habían invocado como á salvadores á los almoravides, jamás pudieron mezclar con ellos su sangre, ni mirarles sino como á extraños y verdugos; razón por la cual, bajo aquella calma aparente, fermentaba en silencio condensado el odio que hacia sus dominadores sentían los musulmanes españoles, deseando ocasión propicia en que pudiera estallar la mina, largo tiempo preparada. Débil, más débil que ninguna otra de las regiones de Al-Andálus, era á no dudar en las postrimerías del siglo XI y en los comienzos del XII aquella zona de la marina, donde alzaban sus muros torreados y las cúpulas doradas de sus mezquitas Valencia, destruída luego por Alfonso VI y restaurada después por los almoravides, Denia

y Alicante, Cartagena y Almería. Escasa era en los últimos días de la V.^a centuria musulmana la importancia de los ejércitos de aquellos principados, cuyas tropas huían amedrentadas en presencia de los guerreros de Alfonso VI; pero aun así, aunque fué para los almoravides fácil empresa la de dominar en un principio tales comarcas, aunque todo parecía prometer y asegurar su pacífica posesión y disfrute á los africanos,—de modo muy distinto á no largo andar acontecía, cuando venido á fatal é inevitable decadencia el imperio de los almoravides en África y por consiguiente en Al-Andálus, la secta del Mahdí se extendía pavorosa en las regiones transfretanas y las legiones triunfantes del emperador Alfonso VII dilataban en la Península de todos lados sus fronteras.

Herederó de los vastos dominios de su padre en la una y la otra parte del Estrecho, el príncipe Alí-ben-Yusuf-ben-Taxufín, hijo de una esclava vizcaína llamada *Kámar* (luna) (1), enviaba como gobernador y jefe militar del antiguo reino de Valencia el año 501 (1107 á 1108 de J. C.) al alcaide Abú-Abd-il-Láh-ben-Al-Hach, quien apoderándose de Zaragoza y arrojando de ella á los Beni-Hud, penetraba luego en 1109 por los estados de Ramón Berenguer III, recibiendo allí la muerte en el combate; reemplazado en aquel puesto por el gobernador de Murcia Abú-Beker-ben-Ibrahim-ben-Tafelut, bajo cuya autoridad quedaban distritos tan importantes como lo eran, demás del murciano, los de Valencia, Tortosa y Zaragoza, y deseando éste vengar la derrota de Ben-Al-Hach, salía de Murcia al frente de su ejército, y llegado á Valencia, donde reunía á las murcianas las tropas de Valencia y de Zaragoza, invadía amenazador los dominios catalanes y se adelantaba hasta los alrededores de Barcelona, donde por espacio de veinte días, ni dejó árbol en pie, ni campo sin incendiar, ni población sin destruir, mientras que Berenguer

(1) ESTÉVANEZ CALDERÓN, *Guía del oficial en Marruecos*, pág. 207, le apellida *Comaykia*; en el *Cartás*, se le da el nombre de *Kámar*, aunque sin indicar la circunstancia de ser vizcaína.

el Grande, congregando sus fuerzas, se aprestaba á la lucha, en la cual perecían casi todos los cristianos, con setecientos musulmanes (1). Era ya imposible para éstos sin embargo, contrarrestar el poderoso impulso que había cobrado la Reconquista cristiana, y en balde Abú-Temim, el hermano del Califa y gobernador general en Al-Andáalus, pugnó contra monarcas tan animosos como lo eran Alfonso I *el Batallador* y Ramón Berenguer III de Barcelona: la conquista de Zaragoza, realizada en Mayo de 1118 (Safar de 512) y cuyos pobladores se establecían en Valencia y en Murcia (2), bien claro con otros triunfos lo pregonaban, así como la temeraria excursión que en 1126 guiaba el aragonés hacia Granada, llamado por los mozárabes, ponía de manifiesto á los almoravides que no era para ellos empresa realizable con verdad, la de reducir á su dominio la España entera, como seguramente lo habían soñado, ni imponerle tampoco el afrentoso yugo de la servidumbre en que habían gemido sus más fértiles comarcas, cual gemían aún por desventura, al oriente, ocaso y mediodía, aquellas regiones miradas por los castellanos, por los aragoneses y por los catalanes, como término suspirado de sus nobilísimos esfuerzos.

Castigando entre tanto la horrible barbarie con que el gualí de Calatrava Farax Abdalí, después de dar muerte al alcaide de Peña-Negra, Pedro Alfonso, mutilaba inhumano su cadáver,—encendido en cólera el emperador Alfonso VII, invadía al frente de su ejército el territorio de Andalucía, y penetrando en el de Murcia, como en 1126 lo había practicado Alfonso *el Batalla-*

(1) *Cartás* (págs. 230 y 231) refiere el hecho del siguiente modo: «Abou Bekker sortit de Murcie avec son armée et se rendit à Valence, où il rassemble toutes les troupes de la province et celles de Saragosse. S'étant mis à leur tête, il se porta dans les environs de Barcelone qu'il devasta pendant vingt jours, abattant les arbres, incendiant les champs et renversant les villages. C'est alors qu'arrive Ben-Radmyr avec une nombreuse armée, composée de soldats de *Bsyf*, de Barcelone et du pays d'Arbonna», etc.—El traductor entiende por *Bsyf* Albacete, lo cual se hace de todo en todo imposible.

(2) *Cartás*, pág. 234; ABD-UL-GUAHID AL-MARREKOHÍ, *Hist. de los almohades*, texto árabe pub. por Dozy, págs. 148 y 149.

dor, llevaba con estrago sus armas hasta las puertas de la celebrada Almería, sembrando la destrucción y el pánico por todas partes, sin encontrar á su paso resistencia (1). Ni era dable que la opusieran estremecidos los musulimes, en aquellas circunstancias, ni el caudillo de los almoravides Aben-Ganía intentó siquiera dificultar el feliz regreso del emperador á sus estados, luego de recorrer devastador las fértiles comarcas del Segura. «La rapidez con que se sucedían tales expediciones, que consumían las riquezas de los musulimes andaluces, ya muy mermadas por las vejaciones de los almoravides, impotentes para defenderlos, apurando toda razón al sufrimiento de aquellos infieles, movióles á adoptar una resolución desesperada.» «Reunidos los antiguos pobladores árabes en aljamas, plazas y moradas particulares, trataron abiertamente de echar de España á los almoravides, no sin tentar de antemano ganar la amistad del emperador, á quien ofrecieron de nuevo los tributos pagados por sus mayores» (2).

(1) Refiriendo la *Chronica Adefhonsi Imperatoris* esta gloriosa expedición, se expresa en los siguientes términos: «Cum autem circulus anni volveretur, hoc est, in Era MCLXXXII in mense Septembris, omnes Comites, Principes, et Duces Imperatoris, unusquisque cum sua propria militia, schola regalis, et omnes Alcaldes, milites et pedites de tota Extremadura, omnes venerunt Toletum. Post haec Imperator movit exercitum suum, et misit ante faciem suam magnas algaras in omnes regiones Cordubae, et Carmonae et Sibilliae et Granatae, quae dextruxerunt omnem terram Baezae et Ubetae, totamque Campaniam Cordubae et Sibilliae et pervenerunt ad fines Almariae: dextruxeruntque omnes vineas, et oliveta, et ficulneas, et omnia pomaria inciderunt, et combusserunt igne, et dederunt ignem in Civitatibus eorum, et in villis, et in viculis; et multa Castella eorum flamma combusserunt, coeperuntque viros, et mulieres, et parvulos eorum, et magnam praedam equorum et equarum, et camellorum, et mulorum, et asinorum, boum, et vaccarum, et omnia pecora, aurum et argentum, et omnia pretiosa quae in domibus eorum erant, et cuncta supellectilia, et quidquid habere poterant: et adduxerunt omnia supradicta ad Imperatorem in castris in terra Granatae: et destructa est omnis Regio Agarenorum ab Almaria usque in Calatravam; nec remanserunt nisi paucae fortissimae Civitates et oppida fortissima. Post haec Imperator, et omnis exercitus ejus reversus est Toletum, portantes secum copiosas divitias, et cum magna victoria et pace» (cap. 88. — *Esp. Sagr.*, t. XXI, pág. 392). Aunque haya exageración en el relato, puede por él no obstante comprenderse la importancia que para las comarcas que cruzó Alfonso VII tuvo esta expedición que apenas mencionan los historiadores.

(2) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ (Francisco), *Estado social y político de los mudéjares de Castilla*, pág. 70.

Difícil por todo extremo y sobre manera arduo, es para el historiador ciertamente el empeño de penetrar por entre el confuso y revuelto período que durante los días del último de los descendientes del terrible Yusuf-ben-Taxufín, el apocado Isahak-ben-Alí-ben-Yusuf, se abre tenebroso é incierto en Al-Andálus, para sorprender el desarrollo que alcanza en su reacción el partido de los musulmanes españoles, que parecía en realidad completamente destruído, en pos del total aniquilamiento de los régulos de Táifa. Y si esto acontece con relación al referido período en general, puede comprenderse cuánto más insuperables habrán de ser los inconvenientes que ofrece el estudio de la historia de Murcia y de Albacete en tales días, aun conocida la situación en que respecto de los almoravides se hallaban los musulimes de Al-Andálus. Las felices correrías de Alfonso I de Aragón, quien en 1126 llegaba hasta Málaga, después de haber asediado cual se pretende á Alcaráz; la verificada hasta Almería por su entenado Alfonso VII de Castilla; los progresos en fin de la Reconquista, evidente prueba eran para los musulmanes españoles de que sus opresores los almoravides, quebrantado profundamente por los sectarios del Mahdí su poderío en África, eran incapaces para protegerlos contra los cristianos, expuestos campos, poblaciones y ciudades uno y otro día á la terrible saña de aquellos tenaces enemigos, para ellos preferibles no obstante á los feroces é insaciables africanos.

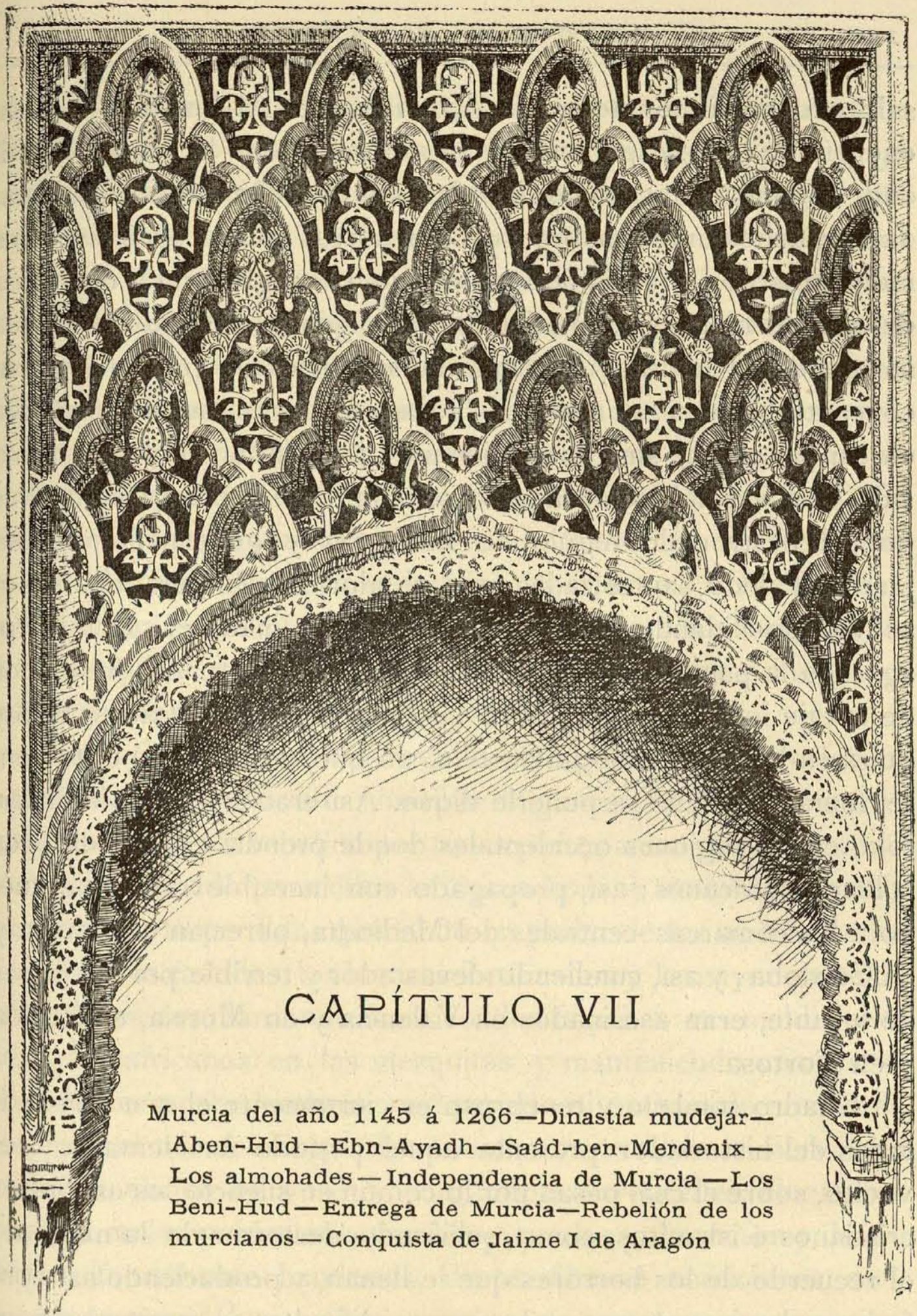
Atento don Alfonso Raymúndez al interés de la república, había mirado con particular predilección desde los primeros días de su feliz reinado á los musulmanes de las poblaciones y de las villas de sus dilatados dominios, captándose sus simpatías y su respeto (1); fruto fué de conducta semejante «el que cundiese entre los musulimes cierto espíritu de propaganda de dominación castellana y española contra las vejaciones de los almoravides africanos», y sobre todo, como el más expresivo, el que el anti-

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *Los mudejares de Castilla*, pág. 63.

guo régulo de Zaragoza Saif-ud-Dauláh-ebn-Hud, reducido al señorío de Rueda, hiciese en 534 (1140) entrega de aquella ciudad al glorioso Emperador, quien después de armarle en Toledo caballero, le concedía el puesto de alguacil de los mudejares, *zalmedina* (*ssáhib-al-medina*) ó presidente de la aljama ó comunidad toledana. Con Alfonso VII, invadía los dominios andaluces hasta Jerez y Cádiz, y á su servicio producía terribles estragos en la tierra, aprovechando la inacción de los almoravides; y como la guerra, más que guerra religiosa entre cristianos y musulimes, había tomado el carácter de nacional, de españoles contra africanos, cuando Aben-Hud recorría triunfante las comarcas andaluzas, invitábanle los musulimes «á que con el favor de los cristianos les librase de los almoravides, hecha promesa de pagar al soberano de Castilla mayores parias que las que habían pagado sus padres, y de servir lealmente á Aben-Hud y sus hijos.» «Contestóles Aben-Hud, después de comunicado negocio tan importante con el rey de Castilla y oído por don Alfonso el consejo de sus magnates, que trabajaran aquellos en apoderarse de castillos y lugares fuertes, seguros de que, movida la guerra, no faltaría por su parte el emperador en acudir con poderoso ejército» (1).

No otra era la situación de los musulmanes, cuando vengaba Alfonso VII la muerte del alcaide de Peña Negra y penetraba por tierra de Murcia hasta Almería: aterrados los moradores de aquellas comarcas, ofrecíanle «de nuevo los tributos pagados por sus mayores,» haciendo entonces «segunda invitación á Aben-Hud, su compatriota, para que los dirigiese y amparase.» Veamos ya, cuál era al fin el fruto que recogía sagaz el emperador de la política por él inaugurada con tal fortuna, y cuál hubo de ser el término de aquella lucha entablada entre españoles y africanos.

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *Op. cit.*, pág. 64.



CAPÍTULO VII

Murcia del año 1145 á 1266—Dinastía mudejár—
Aben-Hud—Ebn-Ayadh—Saâd-ben-Merdenix—
Los almohades—Independencia de Murcia—Los
Beni-Hud—Entrega de Murcia—Rebelión de los
murcianos—Conquista de Jaime I de Aragón

LEGADO era el año 540 de la Hégira (1145 de J. C.), cuando, largo tiempo acumulado y comprimido, aquel odio insuperable é invencible, odio de raza, profundo y enconado, que abrigaban contra los africanos almoravides los musulmanes españoles, estallaba con terrible estruendo en pavorosa y univer-

sal revolución por todos los confines de Al-Andálus. Con la energía de la desesperación y el ardimiento de la propia debilidad, en ciudades y aldeas, fortalezas y castillos, caía desenfrenada la muchedumbre sobre sus opresores, guiada sólo en tales momentos por el ansia del exterminio, ensangrentando con feroz deleite sus manos y cometiendo todo género de excesos en los sorprendidos almoravides, que huían llenos de pánico y se concentraban en su asombro para atender á su defensa. No en campo estéril, sino antes bien muy trabajado y fecundo, había sido con verdad sembrada la semilla de las promesas hechas por el destronado régulo de Zaragoza y gobernador mudejár de Toledo, autorizadas por el glorioso emperador Alfonso VII: apellidando pues independencia, colmado el sufrimiento, agotada la paciencia y hartos de vejaciones, abatíanse frenéticos de coraje los andaluces sobre las guarniciones africanas, fiados quizá en la protección de Castilla, sin que, desbordado el torrente, fuera hacedero ya ponerle dique. Así eran arrojados de Mértola, en las regiones occidentales donde prendía el incendio, los soldados africanos; así, propagado con increíble rapidez el fuego á las comarcas centrales del Mediodía, perecían en Sevilla y en Córdoba; y así, cundiendo devastador y terrible por las zonas de levante, eran asesinados en Valencia y en Murcia, en Lérida y en Tortosa.

Cuadro sombrío y tenebroso es ciertamente el que á las miradas del historiador presenta aquel período accidentado y revuelto, sobre el cual pasan por lo común en silencio los escritores cristianos é islamitas, como queriendo desterrar de la memoria el recuerdo de los horrores que le llenan, y produciendo así confusiones lastimosas que embarazan y dificultan el camino hasta el punto de hacerle intransitable. La rapidez de los sucesos, la vaguedad con que algunos se hallan consignados, la imposibilidad de reducir á términos historiales aquel desbordamiento de pasiones que se manifiesta bajo formas distintas é inciertas todas,—riesgos son que podrían ser por aventura salvados, si surgiera en

medio de semejante caos la luz apetecida, á cuyo fulgor la crítica hallaría entre las contradicciones, los vaivenes, el flujo y el reflujo de aquella revolución tan importante como llena de interés, el sendero anhelado que la condujese á puerto seguro. No ocurre así por desdicha; y á través de acontecimientos no bien discernidos ni quilatados, sólo es cumplidero sorprender como consecuencia entre el oleaje de aquel mar conturbado y revuelto, la aspiración á la independencia que impulsa ciega á los musulimes españoles contra los despóticos y rudos africanos, en quienes aquellos, envilecidos y enervados bajo las pequeñas monarquías de Táifa, pusieron sus esperanzas un día: cuando las armas de Alfonso VI amenazaban triunfantes la seguridad del Islám en la Península, y la sagaz política del emperador, atenta á los altos intereses de la Reconquista cristiana, sabía convertir en devotos auxiliares los propios enemigos.

Vanos fueron en tan imponente como general conflicto los esfuerzos de los almoravides; inútil la diligencia con que procuraron sus jefes sofocar la rebelión por todas partes amenazadora y terrible: había sonado para ellos la última hora, y no era ya posible recuperasen lo perdido, quedando en poder de los andaluces las ciudades, los castillos, los lugares fortificados y la mayor parte de las poblaciones; lanzando fanáticos los faquihes sus maldiciones sobre los africanos en las mezquitas, y manteniendo vivo así el odio de las muchedumbres, no apagado ni extinguido sino exaltado por el triunfo. Engreídos con él, convertidos de siervos en soldados, ebrios de gozo y juzgándose invencibles, elegían en tumulto en las poblaciones caudillos que los gobernasen y defendieran; formábanse banderías, despertábanse ambiciones, dividíanse en partidos, y cual ocurre siempre en tales circunstancias, los más audaces, levantados por el aura popular insegura, escababan sin rebozo los primeros puestos, se enorgullecían con el mando, y se adjudicaban con pueril ufanía pomposos títulos é imposibles preeminencias. Si había sido unánime el impulso, si era una misma en su principio la aspiración de los musulmanes

españoles, esterilizado resultaba el movimiento, el cual, lejos de encauzar y dirigir todas las fuerzas hacia un fin salvador y patriótico, según lo habría sido la reconstitución de la unidad política, degeneraba en mortal división, de la cual surgían, débiles y enfermizas, tantas unidades acaso, como reinos se habían repartido en otros infaustos días la herencia del Califato de Córdoba.

La excitación febril de las muchedumbres; el ambiente de libertad que respiraba con deleite el pueblo, vejado y escarnecido hasta entonces bajo todas las tiranías, y no acostumbrado á disponer por sí de sus destinos; la facilidad con que había conseguido deshacerse de los aborrecidos africanos; la inexperiencia que es propia de las masas; el aturdimiento natural de la victoria no esperada, y la impremeditación que sella y caracteriza sus movimientos por la pasión guiados,—espuelas eran que mantenían despiertas todas las ambiciones, bastardeando aquel desesperado arranque y dejando franca la puerta á todas las infamias. Por eso, los ídolos del día anterior eran desbaratados y deshechos al siguiente; por eso, en la agitación y en la intranquilidad que reinaban, no es cumplidero por desdicha, según insinuamos, establecer con seguridad la debida gradación en los acontecimientos; y por eso, sin acordarse desvanecidas de las ofertas hechas en momentos de tribulación y de angustia á Saif-ud-Dauláh y al monarca de Castilla, juzgaban reconquistada y asegurada ya para siempre la mayor parte de las provincias su independencia, olvidándose de que los almoravides no estaban aún vencidos por completo, de que los excesos á que se entregaban los andaluces eran precursores de su propia destrucción y de su ruina, y sobre todo, de que Alfonso VII, poderoso como nunca, espiaba la ocasión para intervenir con provecho y gloria de Castilla.

Ensalzado por la plebe, Hamdín tomaba en Córdoba, con el pretencioso sobrenombre de *Al-Manssur-bil-Láh* (el vencedor con el auxilio de Alláh), aires y aparato de monarca; se intitulaba en su engrimiento *Amir de los musulimes*; batía con ambos dictados moneda en la antigua corte de los Califas, y ejecutaba

tales actos de prodigalidad y de soberanía, que al fin, cansado el pueblo de su estéril jactancia y su soberbia, volvía los ojos veleidoso hacia el ex rey de Rueda y vasallo de Castilla, cuya real prosapia era señal de garantía para los cordobeses; y liberándose del tirano á los pocos días de su exaltación, abría las puertas de la ciudad al gobernador mudejár de Toledo, reconociéndolo como á salvador en su entusiasmo. Valencia, proclamando enardecida al Cadhí Meruán-ben-Abd-il-Láh-ben-Meruán-ben-Jattab, encomendábale en los primeros momentos la defensa del territorio, amenazado por los almoravides que reconcentraban acaso por aquella parte sus fuerzas en Albacete, y se fortificaban apercebidos á la lucha en los castillos de la comarca (1), reemplazándole á los tres meses en tan difícil puesto por el Amir Abú-Mohámmad Abd-ul-Láh-ben-Saâd-ben-Merdenix; y Murcia, siguiendo, como otras poblaciones el ejemplo, erigida en cantón independiente,—en medio de disturbios y asonadas continuas y aun sangrientas, de ambiciosas banderías á cuya cabeza figuraban varios jeques y cadhíes, alzaba por último como jefe del distrito á Abú-Chaâfar-Ahmed-ben Abd-ir-Rahmán-At-Táhir (2), vástago y representante de aquella dinastía á la cual debió Murcia en mucha parte su engrandecimiento durante la anterior centuria, y que surgida bajo el gobierno del eslavo Zohayr, señor de Almería, caía con el príncipe Abd-er-Rahmán At-Táhir á los golpes del codicioso Aben-Ammar, quien en nombre de Al-Môtamid de Sevilla se apoderaba arteramente del reino.

No era la constancia virtud de los tiempos, y menos de los tornadizos cordobeses; y trocado á poco para Ebn-Hud el vien-

(1) CONLE, *Historia de la dom. de los árabes en Esp.*, t. II (ed. de 1820), página 282.

(2) Aunque en absoluto y por completo no puede estimarse digna de entero crédito, pueden los lectores que lo desearan, consultar la enmarañada relación que Conde hace de los sucesos á que aludimos, y que copiada sin recelo por escritores extranjeros y nacionales, reproducen Ponzoa en su *Hist. de la dominación de los árabes en Murcia* (cap. XIII y sig.^{tes}), y D. José Bisso en la *Crónica* de dicha provincia.—Véase los caps. XXXV y XXXVII del cit. t. II de Conde, y las págs. 54 y 55 del t. II de Casiri.

to de la fortuna, levantada contra él, á pesar de los cristianos que figuraban en su ejército (1), la plebe misma que le había aclamado, poníale en la necesidad de abandonar aquella efímera soberanía, pasando á Jaén auxiliado por sus parciales. Reconocido en esta población, marchaba luego á Granada (2), donde batía á los almoravides y de donde tornaba de nuevo receloso á aquella ciudad, ocasión en la cual, rebelados contra Ebn-Táhir los murcianos por las sugerencias del alcaide Abd-ul-Láh Abd-er-Rahmán-ben-Ayadh,—como los valencianos por igual causa contra Add-ul-Láh-ben-Saâd-ben-Merdenix,—invocaban por medio de enviados y mensajeros el auxilio y la protección de Saif-ud-Dauláh, ya cognominado *Al-Mostain-bil-Láh*, sometiéndose á su obediencia y rogándole que pasara á Murcia para ser allí solemnemente proclamado. Era Abd-er-Rahmán-ben-Ayadh devoto partidario de Ebn-Hud y hombre experimentado en los negocios militares (3), á quien no se ocultaban la situación peligrosa de los musulmanes españoles y la necesidad que, para normalizar y consolidar el triunfo sobre los almoravides, tenía la revolución del prestigio y de la autoridad que prestaba á Saif-

(1) La *Crónica del Emperador Alfonso VII* refiere que habiendo Hamdín tramado con Farax Abdalí de Calatrava una conjuración para dar muerte á Ebn-Hud y recobrar él el reino, conociendo el complot, «vocavit [Rex Zafadola] omnes suos fideles milites, et pedites Christianos, quos habebat in comitatu suo, et exiit cum eis de Corduba, et Farax Adali cum eo», y reprochándole su conducta, le mandó matar, por lo que Hamdín revolucionó á los cordobeses quienes destituyeron por tal causa á Ebn-Hud (cap. 91, pág. 394 del t. XXI de la *Esp. Sagr.*).

(2) Con ocasión de este viaje, cuenta Conde (t. II, pág. 300) la anécdota de que llegó Ebn-Hud á Granada y entró en la ciudad por Bib-Morur «y salió á recibirle el Cadí de la ciudad Aben-Adha, que salió á pie por más honrarle, y le saludó y hospedó á él y á su hijo Amad-Dola, y como éste pidiese agua le sirvió la copa Aben-Adha, y al ir á beberla, dijo un Alima que allí estaba: Sultán no la bebas, que está confeccionada: y no la bebió y avergonzado Aben-Adha que procedía con buena intención, porque no se creyese que en él había malicia, se bebió al punto aquella copa que estaba preparada, y así quitó toda sospecha de sí; pero en aquella noche murió, pues en verdad estaba confeccionada con ponzoña agridulce, que parecía agua de azúcar y naranja: fuese acaso ú maliciosamente preparada para acabar con quien la bebiera de los Aben-Hudes.» Véase también lo que en el artículo de Alí Ben Omar Ben Adha refiere Casiri en el cit. t. II, pág. 53 de su *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*.

(3) ABD-UL-GUÁHID AL-MARREKOXÍ, *The history of the almohades* (texto árabe pub. por Dozy) pág. 149.

ud-Dauláh lo alto de su progenie y lo regio de su estirpe, así como también la protección del monarca de Castilla; y saliendo á recibir á Ebn-Hud con no exiguo número de caballeros murcianos, hacíale entrega de la ciudad, con grandes muestras de alegría por parte del pueblo que lo proclamaba jubiloso, según acontecía en Valencia, puesta á su devoción también por Ebn-Ayadh, y donde fué por el momento reconocido su imperio, el cual, más nominal que efectivo, se extendía de este modo por las regiones de Jaén y de Granada, comprendía la mayor parte de la antigua Todmir, inclusa Denia, y abarcaba todo el reino de Valencia. Eran éstos, sin embargo, «los últimos triunfos del capitán ilustre que, de abatido régulo de una ciudad pequeña, y de gobernador mudejár de Toledo, había pasado á constituirse, bajo los auspicios del emperador, en vengador de los agravios de la raza árabe y fundador de una extensa monarquía» (1).

Fiel á su protector Alfonso de Castilla, y reiterando en aquellos días para él de prosperidad su vasallaje, Ebn-Hud se apresuraba á reclamar de los habitantes de Jaén y su distrito el pago de los tributos ofrecidos y pactados con el emperador, á fin de contar en todo tiempo, según lo convenido, con el auxilio de los castellanos. Bien sea por lo aflictivo de la situación á que en aquellos momentos de incertidumbre y de trastorno había venido la riqueza pública; bien porque en su engrimiento y bajo la influencia de Hamdin ya restaurado en Córdoba, se juzgasen las poblaciones sobrado fuertes para resistir á los cristianos como habían resistido á los almoravides,—era lo cierto que el ex-rey de Rueda encontraba por todas partes marcada oposición para cobrar los tributos, y sobre todo en la jurisdicción de Jaén, donde Úbeda, Baeza y los lugares comarcanos se negaban resueltamente, desconociendo así la autoridad del príncipe á quien ellos mismos habían antes brindado con su obediencia, como los compromisos voluntariamente contraídos. Ganoso de sincerarse con el empe-

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *Estado soc. de los mudej. de Castilla*, p. 70 ya cit.

rador, mandábale Ebn-Hud sus cartas, en las cuales hacía presente á don Alfonso el estado de las cosas, pidiéndole que resolviese; y enterado del mensaje, llamaba con toda diligencia el rey de Castilla á los condes Manrique, Ermengold, Poncio y Martín Fernández, «encargándoles que fuesen en auxilio de Seifadola,» y subyugasen las poblaciones de Baeza, Úbeda y Jaén, «con prevención de castigar con mano fuerte los desórdenes de los árabes rebeldes.» «Hiciéronlo así con muy estricta obediencia,» destruyendo cuanto hallaron á su paso y haciendo cuantiosas presas y cautivos; y cuando los habitantes de aquella región sintieron «los efectos de la amenaza dirigida contra ellos, apresuráronse á rogar á Seifadola que les librase de los cristianos, bajo promesa de servirle» en lo sucesivo.

Movido de sus súplicas, y dolido del estrago causado por los condes, congregado numeroso ejército, encaminábase Ebn-Hud á aquellas comarcas desde Murcia; y avistándose con los adalides del emperador, después de manifestarles la sumisión de los rebeldes, solicitaba la devolución y entrega de las presas y de los cautivos que habían aquellos hecho, demanda impertinente como ninguna en circunstancias tales, y que disgustando por extremo á los caudillos castellanos, obligaba al rey de Murcia á prometer que iría con ellos al emperador y que haría lo que éste le mandase. Ante la negativa de los condes, cegado por la ira y contando demasiado con sus fuerzas, Ebn-Hud les amenazaba con la guerra; y rotas por aquel acto las relaciones, trabábase al fin reñido combate, en el cual era Saif-ud-Dauláh no sólo derrotado sino hecho prisionero. «Llevábanlo á las tiendas con intención de presentarle al emperador para que hiciese justicia, cuando sobreviniendo unos soldados» que se llamaban *Pardos* y que le conocían, le dieron muerte, con gran sentimiento de los condes y verdadero duelo de don Alfonso, ya en el año 1146, en que tales acontecimientos se verificaban (1), hallando térmi-

(1) Las circunstancias de la muerte de Ebn-Hud se hallan con cierto aspecto

no, de aquella tan triste como desastrosa suerte, el último representante de la dinastía zaragozana de los Beni-Hud, que en odio á los almoravides se declaraba vasallo de Castilla, gobernaba en tal concepto la población mudejár de Toledo, acompañaba al emperador como caudillo en sus gloriosas expediciones á través del país muslime, y regía por último cual soberano los antiguos reinos de Valencia y de Murcia.

No era sin embargo perdida para la Reconquista castellana la influencia de Saif-ud-Dauláh: las virtudes del hijo de Raimundo de Borgoña; la conducta generosa y noble por él seguida para con los mahometanos sometidos; el ejemplo de Ebn-Hud, ensalzado al trono por el prestigio del emperador, y principalmente, el ansia de mal entendida independencia que sentían las regiones un tiempo convertidas en principados; el conocimiento de la propia debilidad; la necesidad de arrojar para siempre del

dramático consignadas de esta forma en la cit. *Crón. del Emperador* (cap. 92): «... Relicto [cum magno exercitu Zafadola] in facie Christianorum, pacificè venit ad castra eorum, et dixit Comitibus: Reddite mihi captivationem et praedam quam fecistis, et ibo vobiscum ad Imperatorem, et quidquid mihi praeceperit Imperator faciam. Cui Comites responderunt: Absit hoc à nobis; quia tu misisti nuntios Imperatori dicens: Viri Ubetae rebelles sunt mihi, et tibi; et nunc mitte exercitum qui destruat eos et terram suam, et sicut tu et Imperator nobis praecepit, ita nos fecimus. Quibus Zafadola respondit dicens: Si mihi non dederitis omnem captivationem, et praedam, armatus pugnabo vobiscum. Cui Comites responderunt: Modo est tempus et hora, et protinus paratis aciebus commiserunt bellum, et ingravatum est praelium nimis. Postremo Agarenis terga vertentes, victi sunt, et Rex Zafadola captus est in bello à militibus Comitum, quem tenentes, ut adducerent in tentoria sua, supervenerunt milites, quos vocant *Pardos*, et cognoscentes interfecerunt eum.»—Aunque parece desde luego de más autoridad el testimonio de la *Crónica*, no faltan escritores que, siguiendo el del valenciano Aben-Al-Abbar, refieran de modo muy distinto la muerte de Ebn-Hud, diciendo: «Poco tiempo después [de reconocido en Murcia], llegó noticia de las fronteras cómo el Thograi, Alcayde de Cuenca, corría la tierra de Xátiba, y los Cristianos, que venían en su ayuda, talaban y estragaban los campos; y á pocos días envió sus cartas al Naib de Valencia Abdala-Aben-Sad (Abú-Mohámmad-Abd-ul-Láh-ben-Saâd-ben Merdenix), en que decía cómo los de el Thograi y su aliado el Tagí Aladfun tenían cercada la ciudad de Xátiba. Á la hora el Amir Aben-Hud y su Walí Aben-Ayadh juntaron su caballería de Murcia, Lorca y Lecant, y escribieron al Naib de Valencia que saliese también con su gente para ir contra ellos. Cuando los Cristianos entendieron estos movimientos, levantaron su campo; y considerando que sería más difícil vencerlos juntos, trataron de venir á encontrar á los de Murcia, de quienes más temían, y dándoles batalla, revolver contra los de Valencia; pero la ligereza

suelo de Al-Andáalus las gentes africanas; el desconcierto, la intranquilidad, la inseguridad reinantes,—todo hacía que los musulmanes españoles pusieran sus esperanzas en Alfonso VII, para gozar bajo su amparo y protección de la paz de que tan necesitados se encontraban. Por eso, inspirándose Abd-er-Rahmán Ebn-Ayadh en la política de su antecesor y amigo Ebn-Hud, obtenía al ser aclamado en Murcia primero y en Valencia después, el protectorado de Castilla en las mismas condiciones que lo obtuvo Saif-ud-Dauláh, y en las que al postre el caudillo cordobés Hamdin y más tarde el almoravide Aben-Ganía lo alcanzaban, reconociéndose vasallos y tributarios del príncipe que con justicia se apellidaba Emperador de toda España y señor de ambas religiones.

Sin que sea hacedero determinar la ocasión con la exactitud debida, quizás anhelando recobrar desligados de Valencia oca-

y diligencia de estas tropas fué tanta, que se les adelantaron, y vinieron á juntarse con la gente de Murcia un día antes de que se avistasen ambas huestes. Fué este encuentro en los llanos de Albacete, llamado campo de Lûg en cercanías de Dhingila. La batalla principió á la hora del alba» y en lo más recio de ella, «cayó herido de una lanzada el esforzado Amir Seif-Dola Aben-Hud, que peleaba en lo más ardiente de la refriega, y por la profunda herida que le rompió el pecho salió á vueltas de su sangre su noble ánima» (CONDE, t. II, pág. 303 y siguientes); PONZOA, *Hist. de la dom. de los árabes en Murcia*, cap. XIV, pág. 80 y siguientes, continuando: «Dice Lozano que en este combate murió también el otro amir ó rey de Murcia llamado Ben Handained,... cuyo moro se conocía con los títulos de *Almostanser Aloski*; y añade que su muerte fué más horrorosa, porque habiendo escapado con vida de la batalla, no quiso sobrevivir á su desgracia, y con una crueldad nunca vista obligó á dos de sus más fieles amigos á que le matasen.» «Pero Casiri, en cuyo aserto se funda Lozano,—prosigue,—cuando refiere el último fin de aquel rey desventurado, asegura que se hizo matar por librarse de caer en manos de sus enemigos» (Véase Casiri, t. II, págs. 56 y 57 en que traduce de Aben-Al-Abbar la biografía de Ebn-Hud). Sirviéndose de estos datos, nuestro discípulo, el caravaqueño Dr. D. Pedro María López, en su tesis doctoral, impresa en Murcia el pasado año de 1888 con el título de *La ciudad de Murcia durante la Edad Media*, expone los sucesos de la misma forma que Conde y que Ponzoa, escribiendo no obstante: «Safad-Dola después de festejado salió para Valencia, á arreglar con su rey el medio de conservar sus reinos.» «Entre tanto Alfonso VII, con quien había roto las relaciones el postrer emir de la España oriental, dirigió una expedición (*exposición* dice por errata) contra él, y aunque Aben-Hud se aprestó á la lucha en unión con los de Denia, trabada la batalla cerca de Albacete fueron arrollados los musulimes de tal manera que Safad-Dola cayó en poder de los nobles cristianos, que al conducirlé á la tienda de campaña le dieron muerte» (pág. 31).

sionada autonomía, ó movidos sólo por el espíritu veleidoso, inconstante y tornadizo de la época, por acaso en los momentos en que Aben-Ayadh marchaba á tomar posesión de la ciudad del Turia, cual todo parece persuadirlo,—rebelábanse los murcianos contra su autoridad, y deponiéndole tumultuariamente en su ausencia, elegían por Amir y jefe del distrito al arráez Abdul-Láh ben-Farach, según patentizan las monedas, en aquel mismo año 540 de la Hégira, que llegaba hasta casi mediados del 1146 de J. C. (1). De corta duración era no obstante la fugaz soberanía del que osaba guiado por mezquinas ambiciones usurpar aquel verdadero puesto de honor, que como tal lo hacían las circunstancias: pues tornando de nuevo Aben Ayadh á Murcia, imponíase á las muchedumbres, y continuaba ya sin contradicción comprobada y manifiesta rigiendo unidas las dos comarcas que le habían aclamado su señor, hasta el año 542 (2 de Junio de 1147 á 21 de Mayo de 1148), en que ponía término la muerte á su carrera (2). Si bien el silencio de los escritores nada en realidad autorice, no se muestra á nuestro cuidar del todo inverosímil el supuesto de que, determinado en 1147 el emperador á apoderarse de Almería, plaza marítima la más importante á la sazón del Mediterráneo, como centro de relaciones con Europa, África y Asia, para lo cual solicitaba el concurso

(1) Comenzó el año 540 el domingo 24 de Junio de 1145 y terminó el miércoles 12 de Junio de 1146.—El Sr. Codera, al formular las *Tablas cronológicas de los dominadores musulmanes en España*, que constituyen el Apéndice XI de su *Tratado de numismática árabe española*, guiado por las monedas coloca á Abdul-Láh-ben-Farach ocupando el trono de Murcia del año 540 al 541; y como según la *Crónica del Emperador Alfonso VII*, la muerte de Saif-ud-Dauláh acaeció en 1146, y seguramente en la primavera, y la proclamación de Aben-Ayadh se hizo en Murcia primero y en Valencia después, luego de conocerse el trágico fin de Aben-Hud,—no creemos inverosímil colocar la rebelión de los murcianos en los primeros días de Junio de 1146, con lo cual bien pudo Ben-Farach, que es el Thograí de Conde y Trograi de Ponzoa (*tsagari*, fronterizo con Aragón), ejercer soberanía en Murcia de 540 á 541, pues que este año dió principio el jueves 13 de Junio de 1146.

(2) ABD-UL-GUAHID AL-MARREKOKÍ, *The hist. of the almoh.*, pág. 149 cit.—La relación de Conde varía en absoluto de la que consignamos; los lectores que lo desearan, pueden consultar al propósito el capítulo XL del II tomo de su *Hist. de la dom. de los árabes*, que sirve de guía á Ponzoa y á los que le siguen.

de sus deudos los reyes de Aragón y de Navarra, y tomaba á sueldo naves en Génova y en Pisa,—al penetrar en territorio murciano el ejército guiado por Alfonso, después de señorear á Andújar y causar en los campos, en aquella estación cubiertos de mieses y verdura, estragos horrorosos (1), favoreciese Aben-Ayadh, vasallo de Castilla y continuador de la política de Ebn-Hud, el paso de las tropas por sus dominios, prestándoles al par su apoyo, con tanta mayor causa, cuanto que aun allí, en la codiciada Almería, imperaban con los almoravides, y á la sombra de las revueltas, desalmados piratas que hacían sin distinción sus presas en todas partes (2).

Sea sin embargo como quiera, induce por lo menos en sospecha semejante, el hecho no exento de significación ciertamente, de aparecer como heredero de Ebn-Ayadh en ambos estados de Murcia y de Valencia, y jefe de aquella dinastía mudejár inaugurada por Ebn-Hud, el caudillo Mohámmad-ben-Ahmed-ben-Saâd, conocido entre los suyos por Ebn-Merdenix, «deudor al emperador del trono que ocupaba y de sus estados de la España Oriental» (3), y que proseguía en un todo la política del ex-rey de Rueda respecto de Castilla. Era ocasión ya aquella en la cual, eclipsada para siempre en África y Al-Andálus la estrella de los almoravides, resplandecía con singular fulgor poderosa la del almohade Abd-el-Múmen, quien llamado en su desconcierto por los musulmanes españoles del Algarbe, había penetrado en la Península el año 539 de la Hégira (1144 de J. C.), apoderándose sus tropas de Algeciras y de Jerez, sometiendo en 540 á Sevilla, y preparándose á la sazón para conquistar á Córdoba, cuyas puertas les abría por fin en 543 (1148 á 1149) su gobernador Yahya-ben-Alí-ben-Aixa (4). No podía ser, dadas las cir-

(1) Véase en el poema latino de la *Conquista de Almería*, la estrofa 290 (*Esp. Sagr.*, t. XXI). La expedición salió en Mayo de 1147 (Estrofa 50).

(2) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *Est. soc. de los mud. de Cast.*, pág. 72.

(3) *Id.*, *id.*, pág. 76.

(4) *Rud-al-Cartás*, pág. 267 á 274.

cunstances que en el rey de Murcia concurrían y la representación misma que alcanzaba, como jefe en las comarcas orientales de los islamitas españoles, para quienes jamás fué acepta la dominación africana,—que Ebn-Merdenix, vasallo y feudatario de Alfonso VII, bajo cuya protección subsistía y á cuyas órdenes estuvo siempre,—ante la amenaza de perder la independencia de sus dominios, con la presencia de los almohades, favoreciese los progresos de sus conquistas en Al-Andálus. El ejemplo de Sevilla y de Córdoba, incorporadas con las zonas meridionales de España al imperio de Abd-el-Múmen, evidenciaba los propósitos del sucesor del Mahdí, poniendo de relieve, aunque ya tarde para su remedio, el hecho de que á la dominación onerosa y aborrecida de unos africanos, sucedía por desventura la de otros, no menos ambiciosos aunque más cultos por aventura, con desdoro y triste desprestigio de las razas árabes de España, que habían sido en otros más felices tiempos sus señores.

Por esta causa pues, Ebn-Merdenix y los mahometanos de Murcia y de Valencia, buscaban al amparo del monarca de Castilla no ya sólo el medio de conservar aquella sombra de autonomía de que disfrutaban, sino el de devolver acaso á las demás regiones españolas, como en el siglo VIII.^o lo esperaba Teodomiro bajo la protección de los Califas orientales, la libertad en mal hora perdida, comprendiendo que en tales momentos eran unos mismos los intereses del emperador y los suyos, y que únicamente les sería dado mantener y conservar la independencia ambicionada, bajo la salvaguardia y los auspicios de los ejércitos cristianos. Mientras la mayor parte de las comarcas del Algarbe y del mediodía reconocían humilladas el señorío de los almohades, aún en las del Oriente no habían conseguido los generales de Abd-el-Múmen enarbolar triunfantes sus enseñas, levantada en aquellas zonas como defensa la poderosa avanzada que en Almería tenían los castellanos; ni convenía á los intereses del caudillo africano, ni podía consentir tampoco su ambición y su orgullo, que el puerto más rico del Mediterráneo, promesa para él de nuevas con-

quistas y que facilitaba la sumisión total de la España musulme, desafiara su poder en manos de Alfonso VII de Castilla. Determinado pues á hacerse dueño de él á toda costa, enviaba ya en 546 (1151 J. C.) fuerte y numeroso ejército al mando del xeque Abu-l-Hafs, quien, acompañado de Abú Said, uno de los hijos de Abd-el-Múmen, tenía el encargo de apoderarse de Almería. Sitiados en ella, los cristianos demandaban el auxilio del emperador; y llegada á Castilla la noticia, Alfonso encomendaba con toda diligencia el mando de las huestes al rey de Murcia Ben-Merdenix, y á cierto caudillo á quien dan los escritores musulmicos el nombre de *Isselthyn*, sin que sus esfuerzos y sus tentativas fueran por desventura poderosos para impedir que Almería se rindiese al postre á los almohades (1), en pos de largo y apretado cerco, ya en el año de 1152 de nuestra Era.

Aislados, sin fuerzas, é impulsados por la desesperación, seguían luchando entre tanto los mahometanos españoles contra los invasores almohades, y una por una caían en manos de los adalides de Abd el-Múmen las fortalezas y las ciudades de Al-Andálus; Granada, que desoyendo los consejos de Yahya-ben-Alí-ben-Aixa, había logrado hasta entonces salvarse del naufragio en que con Córdoba perecían otras muy insignes poblaciones, era al fin sometida en 551 (1156); pero no bien se alejaba el ejército africano, revolvíase contra el gobernador nombrado por éstos, y dándole muerte, se entregaba á Ebn-Merdenix de Murcia, quien acompañado de su suegro Ibrahim-ben-Homoxq y del cristiano Akra (2), había seguramente marchado en su socorro. Estrechado de tal suerte, y «dotado de actividad infatigable», no sólo restituía á la obediencia del emperador la ciudad de Almería, poniéndola bajo la autoridad de un sobrino suyo, sino que arrojando á los almohades de Jaén, encomendaba el gobierno de esta ciudad y su distrito á Ebn-Homoxq, y mante-

(1) *Rud-al-Cartás*, pág. 275.

(2) *Id.*, pág. 278.